

BOLSILIBROS BRUGUERA



LOU CARRIGAN

LOS "QUERUBINES" DEL "PARAISO"



**COLECCION
LA HUELLA**

eb

LOU CARRIGAN

LOS "QUERUBINES" DEL "PARAISO"

Colección LA HUELLA n.º 59
Publicación quincenal
Aparece los lunes



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ISBN 84-02-03656-2

Depósito legal: B 39130-1975

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición en esta Colección: diciembre, 1973

Lou Carrigan -1967

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL
BRUGUERA, S. A. Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de EDITORIAL BRUGUERA S. A.
Mora la Nueva, 2 – Barcelona - 1974

CAPÍTULO PRIMERO

Amelia Plata era una mujer de mundo. En el más amplio sentido de la frase, desde luego. Eso quería decir que, más o menos, estaba harta de chicos guapos, de tipos interesantes, de gente audaz, decidida... A los treinta años, una mujer que ha vivido mucho, y siempre en el «gran mundo», suele estar harta de todo. Lo ha visto todo, lo sabe todo, lo adivina todo...

Lo adivina todo.

Por supuesto, incluso una mujer como Amelia Plata puede estar equivocada. Se dice, posiblemente con razón, que el hombre es el único animal que puede tropezar dos veces con la misma piedra en su camino... Es decir, que la equivocación, el error, está siempre a su alcance.

Sin embargo, Amelia Plata estaba segura de no equivocarse aquella vez.

Sabía muy bien cuándo una persona está vigilando a otra. Y en aquella ocasión, efectivamente, no cabían dudas de ninguna clase: un hombre estaba vigilando a otro.

La cosa ocurría en el Casino de Montecarlo. Un ambiente lujoso, de pasiones contenidas, de ambición, de inquietud... Una tensión constante, latente... Una pasión creada por el dinero. En todas las mesas se jugaba... Siempre dinero. Allá, en Montecarlo, ésa era la palabra mágica. Había quien ganaba, había quien perdía...

En la mesa de ruleta, un hombre estaba ganando. Un hombre de mediana edad, casi completamente calvo, ojos oscuros, opacos. Cualquiera, al verlo, habría comprendido que aquel hombre estaba ganando aquella noche una auténtica fortuna en la ruleta del casino más famoso del mundo.

—*Rien ne va plus... Les jeux son faites...*

La bolita estaba ya saltando en el redondo cajetín numerado. Números rojos, números negros, números pares, números impares... Para los que rodeaban la ruleta, el resto de los juegos carecían de importancia... Se oía su sonido vibrante, clarísimo, saltando de un compartimento a otro la bolita...

—*Le trois...! Impair et...*

Un murmullo ahogó las últimas palabras del croupier. ¡El número tres! Precisamente, el número al que había puesto el hombre casi completamente calvo todo lo ganado hasta entonces aquella noche de fantástica fortuna. Los alientos quedaron como cortados, suspendidos, cuando el croupier empujó con su pala las ganancias hacia el ganador. El hombre afortunado. Una ganancia de locura. Ni más ni menos que un millón doscientos mil francos fuertes. Calculado en el dólar, la moneda más universal, aquel hombre había ganado doscientos mil dólares, centavo más, centavo menos...

—¿Quién es? —musitó Amelia Plata, ladeándose hacia su más cercano vecino en la mesa de ruleta—. ¿Algún personaje conocido?

—Oh, sí... El conde Mario Melli, *madame*. Hace una semana que está en Montecarlo... Llevaba perdida muy buena parte de su fortuna, pero esta noche se ha recuperado con creces... Cosas de la suerte, *madame*.

—*Mais oui...* Cosas de la suerte, sin duda...

El conde Mario Melli tenía ante él un montón de fichas, que estaba recogiendo a manos llenas, riendo, brillantes los ojos. Hay un adagio o refrán que asegura que quien nada arriesga, nada gana. Eso parecía ser cierto, ya que el conde Mario Melli, al apostar los restos de su fortuna, había recuperado lo perdido anteriormente... y algo más.

El croupier miraba al conde, cortésmente, sonriente, preguntándole cuál era su número próximo. Pero el conde Mario Melli, evidentemente, pensaba que la suerte ya había sido demasiado buena con él. Una semana en Montecarlo casi le había costado la ruina. Una noche le había resarcido. Era suficiente... El conde Mario Melli prefería retirarse.

De nuevo un murmullo, mientras el aristócrata italiano recogía sus ganancias. Tenía derecho a ello. Aquélla no era una partida entre amigos, en la que el ganador se considera moralmente

obligado a continuar. Allí, en el Gran Casino de Montecarlo, se gana o se pierde... Pero, en ambos casos, el jugador puede retirarse cuando guste.

Un personaje interesante el tal conde Melli.

Muy interesante.

Pero, sin duda, aún era mucho más interesante otro de los personajes presentes. Así, al menos, se lo parecía a Amelia Plata. Estaba segura de que aquel hombre estaba vigilando al conde Mario Melli. Segurísima.

Sin duda de ninguna clase.

Mientras Mario Melli recogía sus fichas, el hombre no dejaba de mirarlo. De un modo frío, impersonal, incluso indiferente. Pero Amelia veía mucho más allá de una mirada forzosamente indiferente. Por tanto, le interesaba el hombre. Sobre todo, el hombre.

Sin duda, el hombre.

Llevaba un impecable *smoking*, estaba muy bronceado por el sol, medía seis pies y casi dos pulgadas, tenía los hombros anchos, las manos grandes y hermosas, señoriales, los ojos oscuros, estrechos, inteligentes. Era como uno de esos artistas de la pantalla que salvan cualquier película, por mala que ésta sea. Alto, atlético, hermoso... Los cabellos eran rubio oscuro; el mentón era quizá demasiado agresivo. Un mechón de cabellos le cala sobre la amplia y adusta frente... Había estado jugando a la par del conde Melli, con lo cual la suerte le había favorecido también. En realidad, aquella noche casi todo el mundo había seguido las jugadas de Mario Melli, por lo que era de esperar que la sociedad del casino agradeciera a éste que se retirase, aunque se llevase «algunas ganancias»...

Exactamente eso era: y el hombre que estaba vigilando tan estrechamente a Mario Melli tenía aspecto de león, con sus greñas rubio oscuras, su mentón agresivo, su mirada oscura e indiferente...

El conde Melli se dirigió a la caja, a cambiar las fichas por dinero contante y sonante. Un millón doscientos mil francos. Una auténtica fortuna.

Amelia Plata dejó sobre el verde tapete su puesta de cien francos nuevos, y se fue detrás del hombre con aspecto de león..., el cual, a su vez, iba detrás del conde Melli.

El conde Melli, en la caja, estaba cambiando las fichas. El

hombre con aspecto de león, en un rincón de la sala, encendía un cigarrillo, siempre con aquel aspecto de señorial indiferencia. Pero sus ojos permanecían fijos en el aristócrata italiano... Cuando Melli salió del casino, el león salió tras él.

Y tras el león, Amelia Plata.

Mario Melli salió del casino, con la bolsa que contenía sus ganancias de aquella noche. Se quedó mirando hacia la rada, concretamente hacia Punta Fociniana. Luego, tranquilamente, cruzó los jardines, hacia el *Quai de Plaisance*. Tenía todo el aspecto del hombre que acaba de salvar la vida cuando más muerto se había estado considerando. Fumaba un hermoso cigarro, caminaba lentamente, aspirando hondo... Y uno detrás de otro, los tres personajes llegaron al Paseo del Muelle, al *Quai de Plaisance*. Por delante de ellos estaba la negra rada de Mónaco... Negras las aguas, pero salpicadas de las luces de Mónaco, Montecarlo, *La Condamine*... Uno de los yates tenía una iluminación profusa, abundante... Y hasta allí llegaba, amortiguada, la música de a bordo. Seguramente, con unos prismáticos se habría podido ver al grupo de jóvenes disfrutando de la noche y de la vida en la cubierta. Jóvenes que preferían vivir la vida al loco ritmo de la música, del *whisky* con hielo, del vino rojo francés...

El faro, en el extremo del *Quai de Commerce*, lanzaba su luz hacia el mar.

Y el conde Mario Melli se dirigía hacia el muelle. Una vez allí, y siempre seguido por el hombre con aspecto de majestuoso león, saltó a una lancha, y se dedicó a desamarrarla. Posiblemente, Mario Melli partiría aquella misma noche hacia Italia, en aquella lancha, satisfecho de haber recuperado su fortuna, mucho más sabio que una semana atrás, contento por aquella experiencia que le enseñaba a no volver más a Montecarlo...

Amelia Plata fue una excepcional testigo de todo lo que se desarrolló a continuación.

Lo primero que ocurrió, lo presencié a simple vista: cuando Mario Melli hubo saltado a su lancha, el hombre con aspecto de león apretó el paso. Llegó al borde del muelle cuando Mario Melli estaba acabando de desamarrarla. Entonces, saltó a ella, y pareció enseñar algo que tenía en una mano...

Lo inevitable.

Amelia Plata corrió hacia el lugar del muelle donde tenía su propia lancha. Cuando saltó a ella, la otra lancha ya surcaba las aguas de la rada, hacia el mar abierto. Y Amelia lanzó la suya detrás, a toda velocidad. Pasaron las dos por delante del faro, luego por delante de Punta Fociniana... Y, por fin, el mar abierto.

Mientras en la primera lancha las luces permanecían encendidas, Amelia Plata mantuvo apagadas las de la suya. Gobernada la ligera embarcación con una sola mano. Con la otra, sostenía unos prismáticos, por medio de los cuales, a la luz de la luna y de la otra lancha, pudo ir viendo lo que allí sucedía.

Mario Melli gobernaba su lancha. Y junto a él, el hombre de aspecto leonino parecía ir dándole instrucciones. Unas instrucciones que, evidentemente, finalizaron con la orden de que la lancha se detuviera. Al menos, eso ocurrió. Amelia detuvo también su lancha, que quedó flotando sobre las olas como rebotando, blandamente, en silencio...

Exacto: lo que el hombre con aspecto de león tenía en una mano era una navaja. Una de esas navajas de resorte, cuya hoja sale cuando se aprieta un botoncito en el mango. Un arma en verdad poco adecuada para su elegante y señorial aspecto...

Pero éstos eran los hechos, y había que rendirse a la evidencia.

Mario Melli estaba tendiendo la bolsa que contenía el millón doscientos mil francos. El hombre de la navaja la cogió, se la metió entre la camisa y el pantalón, y luego dijo algo... Una orden tajante, que Mario Melli, se apresuró a obedecer. El aristócrata italiano se volvió de espaldas, y entonces el otro hombre guardó la navaja... Se acercó por detrás a Mario Melli, moviéndose con gran soltura sobre la cubierta de la balanceante lancha... De pronto, sus grandes y bellas manos parecieron clavarse en los hombros de Mario Melli, justo sobre la base del cuello.

Y Mario Melli cayó de rodillas. Se vio el suave esfuerzo del otro, apretando más sus fuertes dedos en los hombros de Melli, que, de pronto, se relajó completamente.

Luego, el hombre con aspecto de león asió a Melli por el cuello de la chaqueta y lo arrastró hacia la borda. Lo tiró hacia el mar, pero sujetó los pies del italiano antes de que se hubiese hundido el cuerpo... Un cuerpo que quedó colgando por los pies, cabeza abajo... La cabeza se hundía en el agua...

—Magnífico —musitó Amelia Plata—. Asombroso, espléndidamente magnífico... Buen trabajo, desconocido...

Lo veía todo perfectamente a través de los prismáticos. Mario Melli, al entrar en contacto con el agua, reaccionó débilmente. Su cuerpo se curvó, y las manos se dirigieron hacia la borda de la lancha, crispadas... Entonces, algo más asombroso todavía: el hombre de aspecto de león lo alzó a pulso, con una sola mano que sujetaba uno de los tobillos de Mario Melli. Y ya otra mano golpeó suavemente en la nuca del conde italiano, que vibró como un conejo, se estremeció, y volvió a hundir la cabeza en el agua, siempre suspendido por los pies sujetos a las fuertes manos de su asesino.

—Maravilloso —casi gimió Amelia—. Sencillamente maravilloso, increíble, sensacional... Ahora, la vamos, vamos...

En efecto. Parecía que Amelia fuese capaz de adivinar los pensamientos, los planes, los proyectos del hombre con aspecto de león. Éste, tras un par de minutos de sostener a Mario Melli con la cabeza bajo el agua, tiró de él, subiéndolo a bordo, y lo examinó meticulosamente...

—¿Por qué pierdes el tiempo? —rió Amelia—. ¡Está muerto, y bien muerto! ¡Oh, muchacho, eres formidable! Quienquiera que seas, eres sencillamente formidable... Veamos si lo acabas todo bien... Estoy segura de que así será.

Y así fue.

El asesino, tras asegurarse de que Mario Melli estaba muerto ahogado, lo tiró al mar. Luego, a toda prisa, metió en una bolsa de plástico el millón doscientos mil francos, así como sus zapatos, chaqueta, camisa, corbata, calcetines... Quedó solamente en paños menores, que, asombrosamente, eran negros, no blancos...

—¡Espléndido! —Casi gritó Amelia—. ¡Espléndido como nada en el mundo, desconocido...!

Éste se metió lentamente en el agua, descolgándose por la borda. Luego, sus fuertes brazos empezaron a zarandear la lancha, cada vez con más inclinación de la borda hacia el mar. En menos de medio minuto, el agua empezó a inundar la cubierta... Y cada vez fue entrando más y más agua... Más y más, y más, y más...

Dos minutos después, la lancha se hundía, formando un brillante y breve remolino de espuma. A medida que se iba hundiendo,

subían hacia la superficie, en extraños destellos, los tonos de sus luces, aún encendidas. Cuando la lancha fuese encontrada, se encontraría la batería gastada, o las luces todavía encendidas... Un accidente. Un desdichado accidente, eso sería todo... Un hombre que pretende llegar a la costa italiana en una lancha, ésta se hunde por cualquier circunstancia imprevista y no reconocible..., y el cadáver del hombre se va también al fondo... Un desdichado accidente.

Un accidente provocado por un hombre cuyo aspecto era el de un león sereno, frío, majestuoso, y que en aquellos momentos, en camiseta y calzoncillos negros, nadaba hacia *Cala du Portier*, llevando en una bolsa de plástico sus ropas y un millón doscientos mil francos.

Sensacional.

Sencillamente sensacional.

Un crimen perfecto, estupendo, magníficamente logrado.

Amelia Plata así lo pensaba, y sonreía.

—Veamos quién eres, astuto león... —musitó—. Veamos quién eres, porque resultas sumamente interesante. Tú ve nadando, que yo sabré seguirte hasta donde, quiera que vayas...

* * *

—Desde luego —musitó el hombre—, parece que se trata de un profesional bien entrenado... ¿No lo crees así, Amelia?

—¡Naturalmente! Te aseguro Fatt, que su serenidad, su frialdad, son algo... increíble. Tiene que ser un profesional... ¡Y de los buenos!

—Eso parece... —musitó cautamente Fatt Tirreno—. ¿Cuál has dicho que es su nombre?

—Está alojado en el Excelsior, de Mónaco con el nombre de Lyon Lambert. Americano.

—Seguramente, es un nombre falso.

—Le tomé cuatro fotografías. Llegó a *Cala du Pontier*, se vistió y regresó hacia el casino, vestido de *smoking*, como si nada hubiera ocurrido. Yo dejé la lancha lo más lejos que me fue posible, y le seguí a pie... Se fumó un par de cigarrillos en los jardines del casino y, mientras tanto, escondió el dinero. Luego, volvió a la sala de juego, estuvo jugando casi hasta las dos, salió, recogió el dinero y se

fue al hotel... Ese hombre no tiene nervios, Fatt, te lo aseguro.

Fatt Tirreno quedó pensativo. Era un hombre gordísimo, apenas capacitado para moverse lo imprescindible. Quizá por ello permanecía tumbado en un montón de almohadones de colores, en su camarote del yate al cual había llegado Amella Plata con su No había un solo cabello en su gorda cabezota, pero en cambio, una abundante barba roja tapaba su papada, y casi por completo su boca. Incluso allí, en su camarote, en el cual imperaba una suave luz rojiza, llevaba unos lentes de cristales absolutamente negros.

Estaba solamente ataviado con los pantalones de un pijama a rayas rojas, verdes, amarillas, negras y azules, y destacaba por encima de aquel mareante colorido su enorme barriga, y unos pectorales más voluminosos que los erguidos y bonitos senos de Amelia Plata.

Fatt Tirreno chascó dos dedos gordísimos.

—Veamos esas fotografías. ¿Las has revelado?

—Claro...

Amelia se las tendió, ya ampliadas. Tirreno se quedó mirando el rostro leonino del asesino descubierto por Amelia. Aquellos ojos oscuros, la mandíbula agresiva, las greñas rebeldes sobre la frente... Eran unas buenas fotografías, a pesar de la cautela con que debían haber sido tomadas...

—Un tipo interesante, Amelia.

—Es muy varonil, lo sé. Pero tú sabes que eso no importa nada en el Paraíso. Sólo importa su futura utilidad. Y después de lo de Sirgo Koska en Roma, no tenemos mucho tiempo que perder en elecciones.

—Ya... ¿Dices que es americano?

—Así consta.

—Y su nombre es Lyon Lambert... Curioso, ¿verdad? Lyon significa león... Y ese hombre tiene un aspecto, una melena de león... Me habría gustado presenciar su trabajo.

—Te aseguro que fue muy bueno... Debía tenerlo todo pensado, por supuesto. Pero estoy convencida de que ese hombre sería capaz de improvisar cualquier cosa. Es frío como un Polo. Estuvo más de dos minutos ahogando al conde Mario Melli, tan tranquilo... Y cuando éste, al principio, se agitó, le golpeó en la nuca. Sin violencia, sin ira... Sabía que no tenía que dejar huella alguna de

golpes o lesiones. Cuando sea encontrado el cadáver de Mario Melli, todo el mundo creerá que su lancha naufragó, que él se ahogó, y que el dinero está en cualquier lugar del fondo del mar.

—Está bien, está bien... Pediremos datos de Lyon Lambert a Estados Unidos. Lo menos que pueden hacer los de allí es ocuparse de estas pequeñas cosas. Ve a decirle a Mokoulos que envíe la foto por radio. Y el nombre de ese Lambert.

—Yo sola podría saber si ese Lyon Lambert...

—No, no, no... Nada de eso. Hagamos las cosas bien por su base en todo momento. No quiero bromas, ni sorpresas, ni fracasos... Ya fue suficiente el que tuvimos en Roma con Sirgo Koska, y aquel desconocido al que por suerte pudimos cazar casi en seguida... No quiero ni un solo descuido más, Amelia. Que envíen esa foto y datos de Lyon Lambert a nuestros amigos en Estados Unidos.

—Está bien. Es tiempo perdido, pero lo haré.

—No es tiempo perdido. Al fin y al cabo, estamos a primeras horas de la madrugada... Para cuando ese Lyon Lambert se levante y se disponga a gozar de la vida después de robar un millón doscientos mil francos fuertes, nosotros estaremos enterados de todo. Es tiempo bien aprovechado, no perdido. Y una vez sepamos con seguridad las cosas, obraremos en consecuencia. Eso es todo por el momento, Amelia.

CAPÍTULO II

Hacia las diez de la mañana siguiente, Lyon Lambert salió a desayunar a la terraza volante del Excelsior, con vistas a la rada... El cielo mostraba un radiante e impecable azul, se veían blancos yates, blanquísimas gaviotas, algunos cruceros... Sobre el verdiazul del mar destacaba algunos balandros, «snipes», motoras veloces que dejaban una blanquísima estela de espuma...

La terraza estaba llena de flores: camelias, hortensias, bouganvilas... Unas pocas nubes, también blanquísimas, redondas, se veían recortándose en el cielo. Olía a mañana llena de sol, a mar, a puerto y un poco a combustible... Un olor agrio y dulce a la vez mezclado sugestivamente.

—*Bon jour, monsieur... ¿Votre table?*

—*Oui, merci...*

El camarero condujo innecesariamente a Lyon Lambert a su mesa de la terraza. En sólo dos días, aquel hombre con aspecto de león majestuoso, se había ganado la simpatía del servicio del hotel. Su francés era perfecto, sus modales reposados, jamás alzaba la voz, lo pedía todo con exquisita cortesía, se deslizaba en silencio, no molestaba nunca más de lo absolutamente imprescindible...

—*¿Et le petit déjeuner?* —inquirió el camarero.

—*Même toujours: café, croissant. tout. Merci*

C'est

·
—*Tout de suite, monsieur.*

Lyon Lambert encendió un cigarrillo, mirando displicente a su alrededor. Muy displicente, en efecto, pero no distraído. Algunas de las personas que vio en la terraza las había visto ya los dos días anteriores. Otras, no. Pero de estas últimas sólo una le había mirado

con profundo interés, si bien brevemente. No tan brevemente, de todos modos, que Lambert no se diese cuenta de ello. Sus oscuros ojos se movían con una lentitud engañosa. Y también con una engañosa expresión de indiferencia total. Lo cierto era que el asesino de Mario Melli, conde italiano, jamás dejaba pasar nada por alto.

Y ojalá se equivocase, pero aquella mujer sentía una especial curiosidad hacia él. Era muy hermosa, de apenas treinta años. Sus brazos eran muy bonitos, cosa extraña en una mujer. Muy bien hechos, sin ese abultamiento inevitable en el codo femenino. Un cuello esbelto, un busto sugestivo, pujante, muy escotado. Faldita corta, jersey azulino, de hilo, sin mangas... Un pañuelo morado sujetaba los rojos cabellos... Su cutis debía haber sido muy blanco y pecoso. Era pecoso, pero la piel mostraba un tono dorado por el sol tomado sin interrupción. Los ojos eran verdes, quizá azules. La boca era bonita, algo gruesa, húmeda... Era, en definitiva, una de esas hermosas mujeres que a veces encuentran su fortuna en lugares como Montecarlo, Niza, Cannes... Una fortuna relativa, y no siempre duradera. Pero, a fin de cuentas, aquella clase de mujeres vive de eso, y algunas son lo bastante inteligentes para guardar lo que fácilmente ganan, y no pasar apuros en los malos tiempos...

El camarero trajo el café con un *croissant*, eso era todo, y Lyon Lambert le dio de nuevo las gracias. Decidió acabar el cigarrillo antes de iniciar su desayuno. Sabía que era muy atractivo, y quizá era eso lo que llamaba la atención de aquella mujer... Sí, quizá era eso... Un hombre de más de seis pies, apuesto, varonil, vestido magníficamente en atuendo deportivo...

Estaba apagando el cigarrillo en el cenicero cuando la hermosa mujer se puso en pie y se dirigió directamente hacia él. Sin vacilaciones. Sonriendo, pero no de un modo profesional, sino de un modo... irónico y amistoso al mismo tiempo.

Lyon Lambert se la quedó mirando, entornando los ojos bajo el sol cuando la mujer se detuvo ante su mesa.

—Buenos días, señor Lambert.

—Buenos días...

Se quedó mirándola con expresión que intentaba ser cortés, pero fruncido el ceño, quizá un tanto ásperamente, como su voz al responder al saludo.

—Temo que usted no me conoce, señor Lambert...

—Yo también lo temo. Pero quizá estoy equivocado... ¿No?

—No. Mi nombre es Amelia Plata.

—Ah... Pues ya estamos en paz. Usted sabía el mío, yo ignoraba el suyo..., y ahora estamos los dos al corriente. Supongo que no se ha equivocado de persona, señorita Plata.

—No, no... Desde luego que no... ¿Puedo sentarme?

—¿Por qué no? Estoy seguro de que no piensa impedirme desayunar.

—De ninguna manera. —Amelia Plata se sentó, miró el paquete de cigarrillos de Lambert, y encendió uno, sonriendo—. Es natural que un hombre de su... envergadura física precise cuidarse muy bien, señor Lambert.

—La verdad es que como muy poco... ¿Puedo invitarla, o ya ha desayunado?

—Lo hice ya. De todos modos, gracias. Es usted muy amable... en ocasiones.

Lyon Lambert la miró por encima de la taza de café solo, alzando las cejas. Acabó el sorbo, dejó la taza, y musitó:

—¿En ocasiones? No comprendo... ¿Quizá he sido poco amable con usted en alguna ocasión anterior a ésta? Mi memoria es buena, pero quizá he olvidado...

—No ha olvidado nada... Y espero que su memoria sea en verdad buena. ¿Me permite mostrarle unas fotografías?

—¿Unas fotografías? Pues... Bueno, claro... Espero que no sean obscenas. Es muy temprano para esta clase de cosas, señorita Plata.

—No me dedico a esa clase de ventas, si es eso lo que le inquieta... —rió ella—. Observe qué fotografías tan interesantes. Sobre todo, la primera. Las demás no tienen mucha importancia, lo admito...

Tendió un sobre a Lambert. Éste lo abrió, sacó las fotografías, miró la primera, y su mirada se alzó vivamente, con contenida expresión de alarma, hacia Amelia Plata, que continuó fumando tan tranquila, sonriendo con inconfundible expresión amistosa.

La primera fotografía mostraba al propio Lyon Lambert saliendo del agua, en una playa, con ropa interior negra y llevando una gran bolsa de plástico. Las otras tres delataban diferentes momentos de su regreso y entrada al hotel Excelsior.

Lambert las guardó todas en el sobre, y devolvió éste a Amelia.

—En verdad interesantes —admitió fríamente—. Parece que han sido tomadas con luz negra, señorita Plata.

—Desde luego. Y con teleobjetivo. En mi lancha tengo de todo. ¿Puedo patentizarle mi... admiración, señor Lambert?

—A cambio de la mía hacia usted —sonrió siempre fríamente Lyon Lambert, señalando el sobre—. Esas fotografías no podría tomarlas cualquiera... sin que yo me diese cuenta, señorita Plata. Tengo la... tonta impresión de que piensa someterme a un chantaje. ¿Cuánto?

—Nada.

—Un precio muy razonable... —murmuró Lambert—. Pero sorprendente. Espero que no me considere demasiado ingenuo... ¿Qué se propone exactamente? ¿Una parte del dinero?

—¿De qué dinero? —sonrió simpáticamente Amonq.

—Bueno... Ya le he dicho que mi memoria es buena... No recuerdo haberla tratado en otras ocasiones, pero sí la vi anoche en el casino, ahora lo recuerdo ¡Claro!

—Está usted hablando del conde Mario Melli y su millón doscientos mil francos... ¿No es cierto?

—Muy cierto. ¿Mitad y mitad, señorita Plata?

—No.

—Mire... No suelo ser siempre tan amable... A fin de cuentas, el trabajo peligroso lo hice yo. Y si espera que le dé más del cincuenta por ciento por una sola fotografía...

—Todo para usted —rió Amelia.

—¿Todo?

—Absolutamente todo, señor Lambert. Un millón doscientos mil francos fuertes franceses. Doscientos mil dólares. Todo para usted.

Lyon Lambert mordió el *croissant*, entornando los ojos, que permanecían fijos en los verdiazules de Amelia Plata.

—¿A cambio de nada? —musitó luego, irónicamente.

—A cambio de más.

—De más, ¿qué?

—De más dinero.

Lyon Lambert dejó el *croissant*, se miró los dedos, sopló hacia ellos, y luego se rascó la barbilla.

—Debo ser un estúpido —musitó—. No la entiendo, señorita

Plata. Yo tengo un millón y pico de francos, usted tiene unas fotografías... Y me dice que todo es para mí a cambio de... — Parpadeó, confuso—. A cambio de más dinero. No la entiendo.

—He venido a ofrecerle un empleo, señor Lambert.

Una expresión más dura, más fría que las anteriores, apareció en los oscuros ojos de Lambert.

—Ah, no... Eso sí que no... Mire, haga lo que quiera, pero no me moleste con tonterías.

—No es un empleo corriente, señor Lambert. No pienso tentarle con un estúpido sillón y preocupaciones diarias; ni siquiera ofreciéndole un sueldo fabuloso. Le ofrezco cinco mil dólares mensuales, más primas especiales, por no hacer nada. Nada... Tomar el sol, nadar, pescar, viajar en yate, divertirse...

—¿Está loca? —rió Lambert.

—¿Usted qué cree? —dijo secamente Amelia.

—Pues... Bueno, desde luego no parece loca... Pero sí considero de locos su oferta. Una oferta tentadora, desde luego, lo admito.

—Pero ¿no quiere aceptar?

—Mire... Sé por experiencia desde hace treinta y dos años que la vida es muy dura, y que nadie da nada por nada. Si no se explica con claridad y sinceridad, será mejor que me deje en paz.

—Bien... Es cierto que tendría que hacer algo, de cuando en cuando. Pequeños trabajos.

—¿Qué clase de «pequeños trabajos»?

—Su especialidad: matar a alguien.

—Absurdo —sonrió despectivamente Lambert—. ¡Cinco mil dólares al mes por matar a alguien de cuando en cuando...! Usted sabe muy bien que anoche, con una sola muerte y sin tener que depender de nadie ni estar bajo órdenes de nadie, gané doscientos mil dólares. Eso significa el trabajo de... cuarenta meses. Parece que usted me ha tasado muy bajo, señorita Plata. ¿Puedo pedirle un favor?

—Sin duda.

—Váyase al infierno. En cuanto a la fotografía, haga lo que guste con ella... Desafío a toda la policía europea a que me encuentre.

—Si yo ayudo a la Interpol, eso no será difícil.

—Ayude a quien quiera... Pero a partir de este momento vaya con mucho cuidado. Su salud parece... delicada, señorita Plata.

Podría morir en cualquier momento... ¿No es una lástima?

Amelia tragó saliva, palideciendo visiblemente. Estuvo unos segundos como petrificada. De pronto, sacó una libretita de su bolso matutino, la abrió y miró fugazmente a Lambert.

—Lyon Lambert... —recitó—. Treinta y cinco años nacido en Los Ángeles, encarcelado en primera instancia por rehuir su alistamiento en filas con destino a Corea. A los veinticinco años, juzgado por robo a mano armada. Dos años de prisión fue el resultado final, debido a su hipócrita pero buen comportamiento en Alcatraz. A los veintiocho, juzgado en Seattle, por supuesto contrabando de drogas... No se le pudo probar. A los veintinueve, el FBI se le echó encima por complicidad en el asalto a un Banco... En aquella ocasión, salió libre... de un modo asombroso. Parece ser que ayudó con confidencias al FBI, traicionando a sus compañeros de robo. A los treinta y uno, en Miami, fue detenido y encarcelado un año por... abuso de confianza y luego chantaje a una dama de la alta sociedad de Miami Beach. A los...

—Conozco mi historia —gruñó Lambert—. ¿Qué demonios pretende con todo esto?

—Darle a elegir dos alternativas. Una, que trabaje para mí. Dos, que acepte las consecuencias de mi posible información a la Interpol sobre la personalidad del elegante y mundano señor Lambert, residente actualmente en el hotel Excelsior de Mónaco. Bien entendido que hay una serie de complementos favorables a su alistamiento a mi servicio.

—¿Qué serie de complementos favorables?

—Podríamos llegar a los diez mil mensuales. Eso, en primer lugar. Luego, serían fijos, sin fallo, puntuales. Finalmente, el riesgo sería nulo en todo momento. En cambio, en la actualidad se arriesga mucho, señor Lambert. También hay primas por efectividad y limpieza en los trabajos encargados. Finalmente, viajaría por todo el mundo, sin miedo a ser identificado. Tenemos medios para procurarle una identificación apropiada. Y, si es necesario, incluso un nuevo rostro. Le estoy ofreciendo mucho a cambio de nada, señor Lambert.

—Bien... Tendría que pensarlo... ¿Qué pasaría con el dinero de anoche, con el millón doscientos mil francos del conde italiano?

—Eso es cuenta suya.

—Tenía planeado colocar ese dinero en un Banco suizo —musitó Lambert.

—Hágalo. Lo ganó con su trabajo, ¿no?

Lyon Lambert miró con evidente desconfianza a Amelia.

—¿Por qué ese interés en... contratarme?

—Digamos que, a rey muerto, rey puesto. Uno de nuestros hombres tuvo un tropiezo... Y necesitamos otro, de auténtica clase, que sea capaz de hacer su trabajo.

—Entiendo... ¿Qué son ustedes? ¿Quiénes son, a qué se dedican?

Amelia Plata se limitó a sonreír. Lambert comprendió el significado de aquella sonrisa, y sonrió también.

—De acuerdo. ¿Dónde y cuándo tenemos que vemos?

—Ahora. Pague su cuenta, recoja sus cosas, y vámonos. Nos están esperando.

—¿Dónde?

—En un sitio —rió Amelia.

—Okay... Venga conmigo.

—Puedo esperarle aquí, señor Lambert.

—Ah, no —brillaron los ojos del asesino—. De ninguna manera, señorita Plata. Usted va a venir conmigo en todo momento. Y será mejor para usted que todo esto no sea un truco de profesionales que se dedican a fastidiar a otro profesional.

—No sea absurdo, Lambert.

—¿Absurdo? Bien... Sólo tiene que tomar una decisión: o viene conmigo..., o se queda aquí... para siempre. ¿Lo entiende?

—Lo entiendo —refunfuño Amelia—. Iré con usted.

Lyon Lambert se puso en pie, y Amelia lo imitó rápidamente. El atleta rodeó la mesa, se colocó a su lado y los dos caminaron hacia la puerta interior de la terraza. Cruzaron el comedor, pasaron ante el bar y salieron al vestíbulo, que también cruzaron, hacia las escaleras; el hotel Excelsior tenía solamente tres plantas, y había sido considerado de buen tono no colocar ascensor. Solamente en la parte de atrás había un montacargas, para servicio, habida cuenta de la abundancia de material de hotel que en ocasiones tenía que circular por el edificio...

Lyon Lambert tenía la *suite* en el segundo piso. Abrió la puerta, cedió el paso a Amelia, y entró rápida mente tras ella, cerrando la

puerta. Las blancas cortinas transparentes dejaban pasar una luz dorada, a rayas debido a las entornadas persianas. A lo lejos se veía el azul del mar...

—¿Tiene mucho equipaje? —susurró Amelia.

—Debería saber que no. Nunca es conveniente llevar demasiadas cosas. Acabaré en seguida.

Pareció que iba a pasar por delante de ella, hacia el dormitorio, pero, de pronto, se volvió tan velozmente que, cuando Amelia iba a respingar, sobresaltada, las grandes manos de Lyon Lambert estaban ya crispadas en su delicada garganta. Y un nuevo apretón fue suficiente para que Amelia Plata no pudiera ni siquiera gemir.

—Señorita Plata —musitó fríamente Lambert—, no me gusta esto que me está ocurriendo. No me gusta usted ni su proposición... Sería todo demasiado bueno para mí, que estoy harto de andar huyendo por todo el mundo... Sería muy hermoso que todo lo que me ha prometido fuera cierto. Pero, como tengo la sospecha de que es un truco de...

Había empezado a apretar. Pero la voz que sonó tras él evidenciaba un claro desacuerdo con sus intenciones:

—Suéltela, Lambert. Ahora.

Lyon Lambert se volvió, pero sin soltar la garganta de Amelia. Había dos hombres en el umbral de su dormitorio. Cada uno de ellos empuñaba una pistola provista de silenciador.

—¿Quiénes son ustedes?

—Amigos de Amelia. Suéltela... Tiene cinco segundos para hacerlo. Sólo cinco segundos, Lambert.

—Puedo estrangularla en ese tiempo, aunque ustedes disparen.

—Es su elección... Nosotros ya sabemos lo que tenemos que hacer... Desde luego, lo sentiremos por Amelia, no por usted... Bien, ¿qué decide?

Lentamente, con clara irritación y disgusto, Lambert soltó el cuello de Amelia, que retrocedió a toda prisa, llevándose las manos al lugar apretado. Estaba pálida, y muy asustada, al parecer.

—Usted..., usted iba a matarme, Lambert...

—No, no —sonrió Lyon, con la empalagosa sonrisa de quien intenta congraciarse—. Le aseguro que era una broma, señorita Plata.

—No era ninguna broma —dijo uno de los hombres—. La iba a

matar, Lambert. Comprendemos eso, y no nos horroriza. Pero díganos, ¿qué habría hecho luego? ¿Escapar dejando el cadáver en su *suite*? Eso es impropio un profesional de su clase, de su calidad.

—Era una broma —insistió Lambert.

—¿Qué habría hecho con el cadáver? —insistió a vez el otro.

—No sé...

—Lo sabe. Dígalo.

—Bueno... Creo que lo habría empaquetado muy bien, lo habría sacado del hotel por el montacargas esta noche, y lo habría tirado al mar, lejos de la costa y muy bien lastrado.

—¿No le parece un trabajo... engorroso y difícil?

—¿Por qué? —sonrió despectivamente Lambert—. Amelia debe pesar poco más de cien libras, de modo que habría podido manejar muy bien el paquete que habría hecho con ella. Es poco peso para mí.

—Bien... De todos modos, es mejor que lo hayamos impedido. Ahora, recoja sus cosas... Saldremos del hotel como buenos amigos, si no tiene inconveniente... ¿Le dijiste que pagara la cuenta, Amelia?

—Sí... Pero no llevaba suficiente dinero encima. Lo tiene aquí, en la *suite*.

—Está bien —gruñó Lyon.

Entró en el dormitorio, abrió el armario, y empezó a tirar ropas sobre la cama. Cuando el armario estuvo vacío, sacó la maleta, la colocó abierta sobre la cama y se quedó mirando el desordenado equipaje sobre la cama. Encogió los hombros, y empezó a meter prendas dentro, apretándolas descuidadamente... Apretándolas mucho, hundiendo las manos en la maleta... Sus dedos asieron con fuerza la delgada tira de piel que permitía abrir el doble fondo de la maleta... Lo abrió con un suave tirón. Luego, colocó otra prenda, su mano se hundió bajo el doble fondo, asió la pistola, la sacó velozmente, y se tiró hacia un lado del dormitorio, girando sobre sí mismo, apretando a toda velocidad el gatillo.

Clic... Clic... Clic... Clic...

Rodó por el suelo, se incorporó de un salto, y se quedó mirando entre sobresaltado y furioso su arma, y luego a los dos hombres, que sonreían indulgentemente.

—Magnífica acción la suya, Lambert. Admitiremos que si

nosotros hubiéramos sido personas corrientes, ya estaríamos muertos los tres. Es usted rápido como un tigre, implacable... Pero nosotros quitamos el cargador a su pistola.

—Se están molestando demasiado por mí —replicó adustamente Lyon.

—No lo crea. Nos vamos dando cuenta de que vale la pena. Un hombre capaz de hacer lo que usted acaba de mostrarnos, vale la pena de soportar algunas molestias por él. Ahora, ya sin bromas, acabe de hacer su equipaje y partamos.

—¿Piensan darme un «paseo»?

—No en el sentido que usted da a esa palabra. Eso está bien a los gangsters americanos, pero por aquí no se estila mucho esta temporada... Sabemos hacer las cosas mucho mejor. De veras, Lambert: queremos que trabaje para nosotros. Amelia no le mintió.

—Aceptaré las cosas tal como están ahora —encogió los hombros el leonino atleta—. No puedo hacer otra cosa. ¿Me han quitado también el dinero de Mario Melli?

—Desde luego. Pero no se preocupe por él.

—En estos momentos, sólo me preocupo por mi vida.

—La conservará, si es inteligente. Antes dijo que todo sería muy bonito, si fuera cierto. Y es cierto, Lambert: Amelia le ha ofrecido la solución a su... sistema de vida. Tendrá dinero, vivirá bien, no trabajará más que unas pocas veces al año, y eso durante apenas una semana. Será libre... Todos los que hemos aceptado empleo en el yate Paraíso estamos muy satisfechos... ¿No es cierto, Niko?

—Es cierto, Nils —dijo el otro.

—No alarguemos más las cosas, Lambert —musitó Amelia—. Le aseguro que será bien recibido en el yate Paraíso.

CAPÍTULO III

—Devolvedle su dinero. Y su pistola. Y el cargador.

Nils *Boom* se adelantó hacia Lyon Lambert, y le tendió la bolsa que contenía el dinero robado la noche anterior a Mario Melli, la pistola y el cargador. Lambert se apresuró a sacar la pistola, colocó el cargador, y se quedó mirando a su alrededor, como si no supiera a quién apuntar preferentemente, a pesar de que la jefatura en aquel yate sólo podía recaer en el hombre gordísimo de los lentes oscuros.

Estaba tumbado en la cubierta, bajo la toldilla listada de colores, y sobre un montón de almohadones de los más dispares y llamativos coloridos. Solamente llevaba los pantalones de un pijama, y los lentes de cristales completamente negros. La suave brisa mediterránea agitaba ligeramente su barba pelirroja, y el fino vello de sus abultados pectorales, grandes y vibrátiles como los de una mujer. La cabeza completamente calva, la boca gruesa hundida entre la rojiza barbe.

—¿Está preguntándose a quién debe matar primero, Lambert?

—Es posible.

—Mi consejo es que guarde la pistola. Quiero que confíe desde el primer momento en nosotros. Y esto por la sencilla razón de que me gusta que mis hombres confíen en mí plenamente.

Lambert dirigió una mirada hosca a su alrededor. Además del gordo, había allí bajo la toldilla, otros personajes, en verdad interesantes.

—Ellos no le atacarán si usted acepta ser nuestro compañero, Lambert —aseguró Fatt Tirreno—. Una prueba de nuestra buena fe podría tenerla con lo sucedido hace poco. Niko y Nils han podido matarlo a usted con toda tranquilidad, en su hotel. Y no hablemos

de hacerlo en el yate... Sólo tendríamos que matarlo, alejarnos mar adentro y deshacemos de su cadáver... ¿Qué más pruebas quiere?

—No lo sé. Sólo sé que me gustaría saber qué es lo que está ocurriendo exactamente... ¿Quién es usted?

—Puede llamarme Fatt Tirreno, como todos. Mejor que me llame Tirreno, porque, si bien sé que estoy muy gordo, no me gusta oírlo muy a menudo.

—Okay. Y... ¿quién es Fatt Tirreno? ¿A qué se dedica Fatt Tirreno?

—Creo que Amelia ya se lo dijo. Y le dijo la verdad. En circunstancias normales, no nos habríamos interesado por usted. Pero le necesitamos, Lambert. Le necesitamos de un modo permanente. Buena vida, mucho dinero, trabajo fácil... Oh, y respecto a esos francos que usted le quitó anoche al conde Mario Melli, quisiera que se considerase definitivamente propietario de ellos. A tal efecto, si le parece bien, puede ir a Suiza, en un cómodo salto de avión. Ingresas usted el dinero en la cuenta que quiera, regresa, y entonces podremos hablar con más confianza... ¿Qué contesta?

—¿Me permitirían hacer eso?

—Desde luego, Nils y Niko irían con usted, para ayudarle en lo que fuese.

—Está bien... Está bien, está bien, les creo. Sería estúpido que se estuviesen tomando tantas molestias para quitarme algo, que, en realidad, ya tienen en su poder si así lo quieren.

—Estupendo, Lambert. ¿Entiendo que acepta el empleo?

—En principio, sí.

—¿En principio?

—Quiero ir a Suiza, depositar este dinero en un Banco, y entonces escucharé lo que usted tenga que decirme, Tirreno.

Fatt Tirreno asintió con su calva cabezota, mirando un instante hacia el cielo.

—Deben ser las once y media de la mañana —miró a Niko y Nils—. Llévallo a Berna en la avioneta, que deposite su dinero donde quiera, y regresad. Sin prisas... Bastará que estéis de vuelta a media tarde, lo cual es fácil, teniendo en cuenta que Berna está a poco más de trescientos kilómetros... Hasta luego, Lambert.

—¿Y bien?

Lyon Lambert asintió con la cabeza.

—Todo perfecto, Tirreno. Me gustan las cosas bien hechas, y con claridad.

Estaban de nuevo en la cubierta del yate Paraíso. Tirreno llevaba ahora, además del pijama, un jersey a rayas de varios colores. Y, por supuesto, no había adelgazado, de modo que el jersey quedaba asombrosamente abultado en el pecho. Y, sobre todo, en el vientre.

Fatt Tirreno también asintió con la cabeza.

—Ésa es, precisamente, la norma del yate Paraíso: todo bien hecho, y con claridad, limpieza y rapidez. ¿Ingresó su dinero en la cuenta que más le gustó?

—Lo hice. Y he tenido tiempo de pensar durante el viaje de ida y vuelta. Me gusta esto. ¿Cuándo empezamos?

—Ya hemos empezado —sonrió el gordísimo—. Y puesto que todo va bien, usted será un miembro del Paraíso. Eso quiere decir que tiene absoluta libertad para todo, que jamás le faltará dinero y que, sea cual sea la clase de apuro personal en el que se encuentre, tendrá la más efectiva y amistosa compañía para ayudarle. Puede entrar y salir a su gusto, comer, dormir, nadar, jugar... Mientras no haya nada específico que hacer, usted será un adinerado turista mundial. Cuando sea necesario trabajar, deberá olvidarlo todo y cumplir las órdenes al pie de la letra. ¿Alguna duda?

—No.

—¿Necesita algo? Cualquier cosa... Sea lo que sea, Lambert... No queremos personal con complicaciones de ninguna clase... Si tiene algo que hacer de tipo personal, hágalo antes de considerarse miembro del Paraíso. Ajustes de cuentas, entrevistas, reparto de botín... Lo que tenga que hacer, hágalo antes de que todo empiece.

—No tengo nada que hacer.

—Magnífico. Quiero presentarle, entonces, a sus compañeros. Y no digo compañeros en un sentido más o rutinario. Van a serlo de verdad, en serio, por todo y para todo. ¿Está seguro que todo está en orden en su mente?

—Seguro.

Fatt Tirreno volvió a mover afirmativamente la gorda y calva cabezota. Señaló a los dos hombres que habían acompañado a

Lambert a Berna, en un avión particular.

—Ya los conoce. Son Nils *Boom*, sueco; y Niko Camelini, italiano. También conoce a Amelia Plata; es argentina. Los demás son: Perla González, mexicana. Nadia Stenov, rusa. Abdul El Krisna, egipcio... A la hora de la cena conocerá a Mokoulos, que es griego. Es el cocinero y técnico... electrónico de a bordo. ¿Los recordará bien?

Lyon Lambert frunció el ceño.

—Nils *Boom*, alto, rubio, ojos color de agua, treinta y cinco años. Niko Camelini, estatura mediana, moreno, ojos oscuros, treinta años. Perla González, morena, despampanante, con una hermosa carne bien colocada por todos lados, ojos negros; unos veinticuatro años. Nadia Stenov, más bien alta, cuerpo bello, pero algo falto de carne, mirada inteligente, temperamento frío, mente aún más fría, rubia, ojos azul claro, veintiséis años. Abdul El Krisna, egipcio, moreno, ojos color de oliva, boca grande, más bien bajo, pelo lacio, mirada astuta e irónica, cuarenta años... ¿Bien?

—¡Bien! —sonrió Tirreno—. ¿Están todos de acuerdo con la descripción de su compañero?

Hubo una sonrisa general. Lyon Lambert fue estrechando las manos de todos. Las mujeres estaban en y los hombres en «*slip*». Todos muy morenos, y muy saludables, como animales satisfechos de la vida. Fatt Tirreno mostró en alto el pulgar derecho.

—Lyon Lambert: admitido. El yate Paraíso es su casa. Los demás se alejaron, displicentes, como cansados, y se tumbaron en distintos puntos del yate. Lambert los estuvo mirando unos segundos y, por fin, se quedó mirando los oscuros cristales de los lentes de Tirreno.

—¿Y ahora? —musitó.

—Ahora, nada. Descanse. Ah, Lambert, una cosa: en este Paraíso no se admiten asuntos personales. Quiero decir que si usted le gusta Amelia, o Perla, o Nadia, deberá olvidarlo. Puede usted tener relaciones de cualquier tipo con quien quiera. Pero aquí, en este yate, todos somos camaradas. Nada de amor... o cosas parecidas. Entiéndalo bien: si vemos que usted y Nadia, por ejemplo, entran juntos en el camarote de uno de los dos, todos pensaremos que eso no es nada, que van a jugar una partida de ajedrez, por ejemplo. Pero así deberá ser. Si quiere aventuras... personales, salga del Paraíso. Imagínese que aquí todos son hombres, no hay

inclinaciones de tipo... amatorio. Ustedes son máquinas, aquí a bordo. ¿Entendido?

—Entendido. ¿Puedo hacer lo que me dé la gana?

—Cualquier cosa que se le ocurra. Hasta las ocho, hora de la cena. Puede asistir a ella o no, pero si asiste, que sea a las ocho en punto. Si decide cenar en Mónaco, estupendo. En su camarote encontrará una tablilla, en la cual deberá anotar dónde podemos encontrarlo... Sobre su litera, verá una radio de bolsillo, apenas como una caja de cerillas; deberá estar siempre pendiente de ella. Aunque la verdad es que se le molestará sólo lo imprescindible.

—Bien... —sonrió Lambert—. Parece que he obtenido un buen empleo, Tirreno.

—Para un hombre como usted, el mejor. Sea bien venido.

Lyon Lambert encogió los hombros y se alejó de Tirreno, lentamente. Estuvo dando unas vueltas por el yate, mirándolo todo, hasta el último de los rincones visibles. Nadie le hizo el menor caso: su personalidad de asesino, de delincuente nato, había sido bien estudiada, bien comprobada. Era, simplemente, uno más del yate Paraíso.

Media hora después, se encontraba aburrido, apoyado en la borda. El sol comenzaba a mostrar el rabioso tono rojo del ocaso, las aguas empezaban a ser de un azul intenso. No tardando mucho, las luces empezarían a encenderse en Mónaco.

—¿Te gusta bucear, Lyon?

Se volvió prestamente.

—Me encanta, Nadia.

—Tengo por costumbre bajar al fondo a pescar algo cada día. Es un modo estupendo de mantener a punto los pulmones... ¿Has pescado alguna vez al anochecer?

—Es la mejor hora. Los peces parecen estar atontados, medio ciegos.

—¡Exacto! —aprobo la rusa—. ¿Quieres bajar conmigo?

—Será un placer.

* * *

—Magnífico —aprobo Tirreno—. Realmente magnífico Lambert. Un pescado exquisito.

—El mérito es de Mokoulos —señaló Lyon—. Ningún pescado es

agradable si no está bien cocinado. Felicidades, Mokoulos.

—¡Gracias! —rió el griego—. Espero que cada día bajéis tú y Nadia a procuramos un bocado tan succulento... ¿Un poco más, Tirreno?

—No —suspiró el gordísimo—. Me gustaría, pero debo conservar mi agilidad y mi tipo esbelto.

Todos rieron. Mokoulos se retiró, llevando el servicio utilizado para la cena. En dos minutos, la gran mesa ovalada quedó libre completamente. Tirreno hizo una seña a El Krisna, el cual asintió, salió del comedor... y regresó apenas un par de minutos después, con una maleta que entregó a Tirreno. Éste la abrió, y empezó a sacar coches de juguete, miniaturas, que fue dejando en un ángulo de la mesa. Luego, sacó un gran mapa, que Nils y Niko se encargaron de extender sobre la mesa, clavando las cuatro esquinas a la madera por medio de chinchetas rojas.

Lyon Lambert los miraba hacer a todos, en silencio. Amelia estaba sentada junto a él, y lo miraba de un modo raro, algo desconcertante. Tirreno, bajo las miradas de los demás, se dedicaba a ir colocando los pequeños coches de juguete en diversos puntos del plano. También había un helicóptero rojo, y un yate blanco en cuya proa se leía el nombre: Paraíso.

—Nuestro próximo trabajo será en Nassau... ¿Conoce Nassau, Lambert?

—Bastante. Es un hermoso lugar.

—Sin duda. Pero nosotros estaremos allá el tiempo preciso para cometer el gran asesinato.

—¿A quién vamos a matar?

—A un personaje importante. Eso es todo.

—¿Nos han pagado bien?

—Muy bien —sonrió Tirreno.

—Entonces, adelante.

Así, sencillamente, como si dijeran que tenían que construir un puente o vender una partida de salchichas. Había que matar a alguien, les habían pagado bien, eso era todo.

Tirreno comenzó a distribuir los coches por el mapa.

—Nos encontramos ahora en Nassau; concretamente en Nassau, pero no debemos olvidar la configuración de la isla de New Providence, con vistas a un posible fallo o percance. El yate Paraíso

estará esperando en aguas de Long Point, al sur de la isla. El helicóptero de escape estará entre Soldier Road y la Estación Meteorológica hasta las nueve de la noche solamente. El yate, hasta las once, en previsión de que alguno no pueda abordar el helicóptero y tenga que llegar al yate a pie, cruzando la isla de Norte a Sur. ¿Entendido?

Todos asintieron con la cabeza.

Tirreno comenzó a distribuir definitivamente los coches en miniatura.

—Ahora, tenemos los coches. Contaremos con tres, En cada uno de los cuales irán dos de ustedes. Como éste es el plan preliminar, ya decidiremos más adelante las parejas que sean convenientes. De momento, veamos el funcionamiento de los coches. Coche número uno; estará en la salida del Oakes Field. Coche número dos: en el cruce de Farrington Road y Nassau Street. Nuestro personaje llegará al Oakes Field y deberá seguir ese camino, en un automóvil blindado. Eso no ha sido hecho público, pero nosotros sabemos que así será...

—¿Cómo lo sabemos? —preguntó velozmente Lambert.

—Amigos colocados en Estados Unidos.

—Bien. ¿Qué más?

—La solución más acertada para matarlo consiste en el empleo de una potente bomba capaz de reventar ese automóvil blindado. El problema que se presenta tras la utilización de esta arma es sólo cuestión de rapidez en escapar. A tal fin, el coche desde el cual habrá sido lanzada la bomba quedará abandonado, bloqueando en lo posible Nassau Street. El segundo coche recogerá a los que hayan lanzado la bomba. A su vez, en el cruce de Delancy, los cuatro abandonarán el segundo coche, y pasarán al primero, que continuará hacia Oakes Field. Pero, en el cruce de Wulfe Road y Nassau Street, ese primer coche será abandonado por los seis. A partir de ese momento, cada uno deberá valerse por sus propios medios para llegar al helicóptero. Si no lo consigue, el Paraíso estará en Long Point hasta las once de la noche. A esa hora zarpará, rumbo a Sudamérica. Si todos están a bordo, espléndido. Si alguno no ha podido llegar al yate, será recogido en Tokio, Okaya Club, dentro de tres meses exactamente a partir de la fecha de la acción. Tres meses de calendario, no de períodos de treinta días. ¿Alguna

duda?

No había ninguna duda.

—Cada uno de ustedes tiene un mapa idéntico a éste en su camarote. Y los coches en miniatura, el helicóptero y el yate. Quiero que estudien bien el plan, que lo mediten. Quiero que cada uno aporte, por lo menos, una mejora al sistema de este asesinato. Tiene que salir perfecto. Paraíso no puede permitirse el más pequeño fallo.

—¿A quién hemos de matar? —preguntó Lambert.

Todos se quedaron mirándolo. Tirreno sonrió comprensivamente.

—¿Qué importa eso, Lambert?

—Bueno... No sé... Me ha parecido una pregunta lógica. ¿No?

—Lo es, ciertamente. Pero en el yate Paraíso nunca se pregunta eso. A su debido tiempo, nuestro enviado especial sabe quién es la víctima. Entonces, cumple su trabajo, y eso es todo. Nunca se le dice con anterioridad a quién ha de matar. No es inteligente hacer eso.

—¿Por qué?

—Porque puede sentirse impresionado. Para nosotros, todas las personas son iguales. Y sólo en el último instante sabemos quién o qué personaje tiene que morir. Para entonces, el enviado de turno tiene la mente bien dispuesta para el trabajo, y la mayor o menor importancia del personaje es cosa que ya no le impresiona.

—Entendido... ¿Puedo hacer un comentario, sin embargo?

—Todos los que quiera.

—Pues... Bien..., yo diría que ese personaje es muy importante, Tirreno.

—¿Por qué?

—Porque de otro modo no creo que tuviéramos que intervenir todos.

—Exacto. Es un personaje importante, Lambert. Y por eso mismo vamos a intervenir todos. Usted, Nadia, Perla, Abdul, Nils y Niko serán los agentes activos. Amelia les estará esperando en el helicóptero. Y Mokoulos y yo los estaremos esperando a todos en el yate. Ha sido muy bien calculado el número de especialistas que precisamos para este asunto. Y si Sirgo Koska no hubiese tenido un contratiempo, usted no habría sido necesario. Pero así han ido las

cosas, y usted tendrá que ocupar su lugar. No es tiempo lo que nos sobra, si queremos prepararlo todo bien.

—De acuerdo. Y para que yo pueda pensar por mi propia cuenta en una mejora del plan, quisiera saber esto: ¿cuándo, a qué hora y cómo llegará nuestra víctima a Oakes Field?

—El viernes, día siete de mayo, a las siete y veinte minutos de la tarde, en un avión especial.

—¿Eso es todo?

—Por el momento, sí. Desde el aeropuerto seguirá el itinerario que hemos mencionado. Y, por supuesto, llevará una escolta considerable. Escolta visible y escolta invisible.

—¿Es un personaje político, religioso, económico?

—Es nuestro hombre, Lambert. Sólo eso.

—Mire, Tirreno, yo no quiero parecer ni curioso ni estúpido... ¿Debo o no debo preguntar para quién trabajamos?

—No debe hacerlo, Lambert. Pero se lo diré; nosotros, los del yate Paraíso, trabajamos para quien mejor nos pague. Según la importancia del personaje, cobramos más o menos. En esta ocasión, el premio especial para cada uno será de quinientos mil dólares. El resto, irá a parar a la cuenta del Paraíso.

—Pe... pero... ¡Quinientos mil dólares! —exclamó Lambert—. ¡Ese personaje tiene que ser muy importante!

—Y a usted, ¿qué? Matémosle, cobremos cada uno nuestro medio millón de dólares de prima especial, y aquí no ha pasado nada. Si todo sale bien, pasaremos dos meses en aguas de Acapulco, cada uno dedicado a vivir su vida. Espero que la disfruten.

Hubo alguna risa. Lambert miraba de uno a uno, entre asombrado y admirado. Parecía dispuesto a decir algo cuando Mokoulos apareció en el comedor, con unos prismáticos de cristales azules y unos lentes de cristales del mismo color.

—Ahí la tenemos otra vez, Tirreno —informó—. Yo creo que no es casualidad.

—¿Es la misma? ¿Seguro?

—Segurísimo.

—Bien... Habrá que hacer algo. Desde luego, la chica en sí no es peligrosa, pero, evidentemente, hay alguien que la respalda... Tenemos que saber quién es, y por qué la han enviado a vigilar... ¿Quiere entrar en acción, Lambert?

—¿De qué se trata?

—Desde ayer, una mujer está rondando el yate. Se pasea en una lancha, lleva unos prismáticos, y no hace otra cosa que espiarnos. Al principio se podía considerar tal actitud como... admiración hacia este hermoso yate. Pero tanta admiración resulta ya sospechosa.

—No olvidemos lo sucedido en Roma —dijo Nadia Stenov—. El hombre llamado Luigi Solevento debía tener, lógicamente, alguien que estuviese trabajando con él. Lo mismo puede ser la MVD, que el MI5, la CIA, el Deuxième Bureau, el SS italiano... Sigo insistiendo en que el asunto de Sirgo Koska no ha sido un hecho aislado.

—Quizá tenga razón, Nadia —musitó Tirreno—. Y eso sería poco menos que catastrófico para nosotros. No podemos arriesgarnos.

—¿Tengo que eliminar a alguien? —se ofreció Lambert.

—Quizá sería lo mejor... Pero antes quiero saber qué hace esa chica rondando el yate, en una lancha, con prismáticos... Mokoulos, señálele la lancha a Lambert para que nos traiga a la muchacha.

—¿Y si todo es una falsa alarma? —preguntó Lambert.

—Pues... lo sentiremos por ella. Pero después de haber estado en el yate Paraíso, sólo le queda un camino por seguir. Con lo cual queda indiscutiblemente demostrado que la curiosidad es enemiga de la vida... Vaya a por esa mujer, Lambert.

CAPÍTULO IV

Sofía Solevento tenía los prismáticos a un lado y, en aquel momento, cosa asombrosa, estaba hablando con una bonita polvera de nácar.

—... No he visto a nadie en la cubierta. Tienen encendidas las luces reglamentarias de situación, solamente. Parece que se hayan retirado a cenar o a dormir. ¿Qué hago?

Hablaba en italiano. Y le contestó, también en italiano, una voz de hombre, seca, con tono preocupado:

—Nada... No haga nada. Tenemos que esperar instrucciones. No sé cómo han solucionado este asunto mis superiores, de modo que debemos continuar a la expectativa.

—Pero, esa gente mataron a mi hermano, a Luigi...

—¿Y qué? ¿Espera solucionar algo usted sola? Ya le he dicho que estoy esperando indicaciones de mis superiores en Washington. Así que, hasta entonces, obedeciendo órdenes tajantes, todo lo que tenemos que hacer es esperar...

—¡Yo no tengo por qué obedecer órdenes de nadie! —exclamó la muchacha.

—Oh, claro... Pero yo sí. El FBI tiene sus normas de trabajo, señorita Solevento. Y no las alterará por usted.

—Al FBI no le ha importado gran cosa la muerte de mi hermano... Al fin y al cabo, Luigi Solevento era sólo un confidente italiano del FBI... Poca cosa, ¿no es cierto?

—No se ponga impertinente. El FBI estima a todos los que trabajan para él. Pero, ante todo, tiene una misión específica que cumplir. Y esa misión no es primordialmente la venganza. Su hermano murió trabajando para el FBI, de acuerdo. Pero también han muerto muchos norteamericanos en las mismas circunstancias.

Y siempre, el FBI ha antepuesto la labor propia de su organismo a cualquier actividad de venganza. Primero, sepamos qué es lo que está ocurriendo realmente en el yate Paraíso. Luego, a su debido tiempo, su hermano Luigi será vengado, si así procede.

—¡Si así procede...! ¡Claro que procede!

—Entonces no le quepa duda de que así lo han decidido en Washington. Envié allá todo el informe que su hermano me facilitó por teléfono, de modo que sólo tenemos que esperar. Ellos saben todo lo que es necesario para actuar. Esperemos.

—Está bien... Esperaremos. Pero no pienso alejarme de ese yate.

—Un yate no es una «cosa» que pueda desaparecer tan fácilmente. Si mañana no está en el mismo sitio estará a cien o doscientas millas. No lo perderemos de vista.

—Pero quizá sus ocupantes escapen. Y no pienso alejarme hasta que ustedes actúen, para atrapar a toda esa gente. Si Luigi nos los señaló como peligrosos es que lo son.

—Su hermano no dijo nada concreto. Sólo que había gente sospechosa, no peligrosa...

—Pero ¡lo mataron! ¡Y fueron los del yate Paraíso!

En la polvera resonó un profundo suspiro de cansancio.

—Haga lo que guste. No molesta usted a nadie permaneciendo despierta toda la noche y vigilando ese vate. ¿Algo más, señorita Solevento?

—¡Nada más!

—Pues buenas noches.

—¡Qué usted descanse, agente del FBI!

—Ésa es, justamente, toda mi ambición para esta noche. ¡Ciao!

Sofía Solevento cortó la comunicación, casi furiosa Guardó la polvera en el bolsito, volvió a tomar los prismáticos, y los enfocó una vez más hacia el yate Paraíso. Nada. Nadie...

El brusco balanceo de la lancha estuvo a punto de lanzarla por la borda. Se sujetó a ella, a riesgo de perder los prismáticos en el mar, y se encontró sentada en la cubierta, desorientada, tanteando en busca de los prismáticos. En el preciso momento en que los encontraba, en la cuenta de que el mar estaba en completa calma, y que aquel bandazo no era lógico. A menos que...

Cuando se volvió, justamente oyendo entonces aquel rumor a su espalda, el hombre chorreando agua estaba va casi dentro de la

lancha, con las manos fuertemente asidas a la borda, fija en ella la mirada, pegados al cráneo los largos cabellos...

Sofía lanzó una exclamación de miedo y, durante un segundo apenas, pareció no saber qué hacer. De pronto lo supo. Se adelantó impetuosamente hacia el hombre alzó los prismáticos, y lanzó un tremendo golpe bacía su frente... El hombre se encogió, pareció que sus músculos fueran a relajarse, ocasionando una inevitable caída al agua... Y cuando Sofía repitió el golpe, el hombre pasó bajo los prismáticos con un fuerte impulso de los brazos, y quedó en cubierta mientras Sofía debido al brusco zarandeo de la lancha, lanzaba un grito y caía hacia el agua.

Cuando salió a flote junto a la lancha, el hombre estaba inclinado sobre la borda, y le tendía una mano, amistosamente, sonriendo de un modo en verdad irónico, casi impertinente, visible su rostro a la luz de la lima.

—Deme la mano...

Sofía tuvo la certidumbre de que aquel hombre no tenía intenciones amistosas. A veces, se llega a la muerte de manos de un desconocido... Y pensando rápidamente esto, decidió hundirse, nadar bajo el agua para alejarse de allí e intentar llegar a...

Ni siquiera había acabado de hundirse cuando unos fuertes dedos se enredaron en sus cabellos, sacándola rudamente a flote. Y una mano grande, fuerte, como una zarpa, la asió de un brazo, tiró de ella y la subió a bordo como si fuese una pluma, tirándola de bruces sobre la cubierta. Algo se apoyó en su espalda, impidiéndola moverse.

—No sea tonta, nena. Puedo matarla en un segundo si no me parece de carácter dulce y dócil. Dígame una cosa: ¿estoy yo loco, o usted estaba hablando sola..., o con alguien que no está en la lancha?

La respuesta de Sofía fue un nuevo intento para zafarse de aquella presión en la espalda. Pero era igual que querer levantar un elefante con un dedo... O con una mano. O con las dos.

—Según parece, siente mucho interés por el yate Paraíso, nena. Pues bien: la voy a llevar allá.

Sofía Solevento quiso rebelarse, luchar, protestar... Como premio, recibió un golpecito en la nuca que la llevó al país de la más absoluta negrura.

—¿Es usted hermana de Luigi Solevento?

La voz era suave, casi amable, pero pareció un estallido en los oídos de la muchacha. Tardó algunos segundos en poder abrir completamente los ojos, notando aquella sensación de intenso dolor en la nuca.

—Todavía está aturdida —dijo alguien—. Es muy tierna.

Al primero que vio fue a aquel tipo horrible, de la descomunal barriga, los lentes oscuros, el jersey de mil colores, la espesa barba rojiza. En sus rollizos dedos sostenía el bolsito de la muchacha, imprimiéndole un suave balanceo. Y sobre un almohadón rojo, junto a los porcinos pies descalzos, estaba el contenido del bolso: documentación, dinero, llaves, la polvera, la barra de carmín, horquillas, bolígrafos, libretita de notas.

—¿Es usted hermana de Luigi Solevento?

Era una insistencia amable, sin prisas, sin presión. Una simple pregunta que se repetía.

Además, del hombre gordo había otros personajes: tres hombres y tres mujeres. Uno de los hombres estaba en albornoz. Tenía las orejas algo grandes, quizá pero su aspecto, su melena, la expresión indiferente, casi majestuosa de sus ojos, recordaba la de un león en reposo.

—Aquí dice que sí —insistió el hombre gordo—. Sofía Solevento, natural de Roma, veintitrés años, soltera, dactilógrafa... Domicilio en Vía Venezia, ciento cuarenta y tres. ¿Puede decimos qué hacía rondando el vate Paraíso?

—No diré nada aunque me torturen.

El gordo se echó a reír. También los demás rieron, porque en verdad, la respuesta de la muchacha había sido melodramática.

—Señorita Solevento, no tenemos necesidad de torturar a nadie. Estamos seguros de que será tan amable de contestar a nuestras preguntas... por las buenas. Naturalmente, usted está enterada de que nosotros matamos a su hermano, en Roma. Concretamente, en Lido di Ostia, lugar al cual llegó su hermano siguiendo no sabemos qué pista que le llevó cerca de nuestro yate. ¿Quién le dio la pista a su hermano?

—Nadie.

—Entonces, era un hombre listo... Mire, no debe guardamos

rencor. Es cierto que nosotros matamos a su hermano, pero él también mató a uno de nuestros compañeros, llamado Sirgo Koska... ¿Le habló su hermano de Sirgo Koska, señorita Solevento?

—No.

—¿De quién le habló?

—De nadie.

—¿Para quién trabajaba su hermano?

—Para nadie.

—¿Y usted?

—¡Tampoco!

El hombre gordo se tocó el pecho con el pulgar de la mano izquierda, manteniendo en alto la polvera de Sofía.

—Mi nombre es Fatt Tirreno, señorita Solevento... ¿No querría informar de eso a sus amigos? Tenga su polvera y hágalo. No es ninguna trampa, de veras.

—No tengo amigos. Usted está loco.

—¿Por lo de la polvera? ¡Ni mucho menos...! Usted sabe muy bien que hay una radio de transistores diminutos en ella. Una maravilla de radio, pero aún las hay más pequeñas... ¿No quiere llamar a sus amigos?

—No tengo amigos.

—Bien... Mejor. Porque así nadie la echará de menos. Abdul: córtale el cuello, métela en un saco y tírala al mar cuando estemos aguas adentro. Eso es todo. Se levanta la sesión. Ah... Perla, Nadia: desnudadla. Que no quede en ella ni una sola pista que pueda servir para su identificación si algún día sale a flote.

Sofía Solevento se quedó mirando con ojos desorbitados al gordo personaje. Luego, todavía incrédula, aterrada, miró a las dos mujeres que se habían colocado a sus lados; una morena y una rubia, ambas impávidas, como si la cosa fuese una simple rutina sin importancia. La cogieron de los brazos, la pusieron en pie y la sacaron del camarote.

Pocos segundos después, entraban las tres en otro, en el cual no había absolutamente nada. Paredes, una puerta, una ventana circular que daba al mar.

—La ropa —dijo la rubia—. ¿Se la quita o se la quitamos?

Sofía no quería creer aquello, pero las miradas de ambas mujeres admitían cualquier cosa menos la duda respecto a sus

intenciones. De manera que se quitó la ropa, quedando en prendas interiores todavía mojadas, notando un suave estremecimiento de frío...

—Toda.

—Pero... me voy a... quedar desnuda...

—¿Y qué? Así será, quiera o no.

Sofía se mordió los labios. De pronto, tuvo un miedo tal, un espanto tan profundo, que se puso a temblar violentamente. Era como si, de pronto, adquiriese la plena conciencia de que aquellas personas eran las que habían matado a su hermano Luigi, y, por tanto, no vacilarían en matarla a ella. Se quitó las últimas prendas y quedó aterrada en un rincón, cruzados los brazos sobre el seno, desorbitados los ojos.

Las dos mujeres salieron del camarote, llevándose las ropas de Sofía Solevento. Fueron al camarote de Tirreno, que estaba encendiendo una pipa de ámbar. Ellas esperaron a que terminase tan delicada operación, y el gordo las miró amablemente.

—¿Está asustada? —preguntó.

—Mucho. No es una profesional, Tirreno. Con toda seguridad.

—Pero nos estaba espiando —apuntó Niko.

—Eso es innegable. Y, por tanto, vamos a zarpar... parece que el clima de estos lugares no es bueno para los ocupantes del Paraíso.

—¿Zarpar! —exclamó sombríamente Lambert—. ¿Eso es todo?

—Todo. ¿Se le ocurre algo mejor, Lambert?

—¿Mejor? No sé... Esa chica nos estaba vigilando... Sería una estupidez creer que estaba sola. Esa polvera con la radio demuestra...

—Demuestra eso: que no estaba sola. ¿Y?

—Bueno... No me parece inteligente marcharnos de aquí dejando a nuestras espaldas a alguien que pueda... molestarnos.

—Lo veo difícil. Tenemos un refugio en Tánger. Allá podemos metamorfosear el Paraíso a nuestro gusto. No nos encontrarán. Ni encontrarán a esa chica... jamás. —Podemos «convencerla» para que nos diga qué significa todo esto, Tirreno.

—¿Qué ganaremos con ello? Lo importante es escapar.

—¿De quién? —masculló fríamente Lambert.

Fatt Tirreno frunció el ceño.

—Sí. Es cierto: ¿de quién? Siempre es conveniente saber a qué

atenerse. Esa chica es italiana... Puede que esté trabajando para el servicio secreto de su país, lo cual sería tanto como admitir que su hermano hacía lo mismo. Y no. No creo que Luigi Solevento estuviera trabajando para su país. No sé. ¿Qué sugiere, Lambert?

—Podemos conseguir que esa chica nos diga de qué va el asunto.

—Por supuesto. Pero ésa no es nuestra costumbre. Huimos de las complicaciones, Lambert, no las buscamos. ¿Para qué perder el tiempo quemándola viva, o dejándola ciega...? ¿Qué nos puede decir ella? ¿Qué está trabajando para Rusia, Italia, Francia, Inglaterra...? ¿Y qué?

Lyon Lambert se quedó mirando ceñudamente a Fatt Tirreno.

—Entiendo que usted manda a bordo. Y a mí me parece bien. Pero mi norma ha sido siempre no dejar nunca a mi espalda a nadie que pueda perjudicarme.

—Lo sabemos muy bien —sonrió Tirreno—. ¿Tiene algún plan determinado?

—No, no... Pero me gustaría saber qué significa esa chica en este asunto. Lo contrario me deja cierta sensación de... intranquilidad. No olvidemos que el mejor enemigo es el enemigo muerto.

Tirreno dio una profunda chupada a su pipa de ámbar, pensativo.

—Tiene una hora, Lambert. Sólo ese tiempo. Si para entonces no hemos llegado a nada positivo, nos iremos Es la norma del Paraíso.

—Dentro de una hora sabremos cosas concretas. ¿Tengo absoluta libertad de acción?

Tirreno pareció divertido.

—Naturalmente.

* * *

Sofía Solevento se encogió cuando oyó ruido en la puerta. Hubiera querido fundirse, desaparecer... Y con más motivo cuando, al abrirse la puerta, no fueron las dos mujeres quienes aparecieron, sino el hombre que la había capturado en la lancha. Supo que estaba ardiendo de vergüenza, que se sobreponía incluso al miedo.

Pero el hombre, tras una mirada más bien irritada, le tiró a los pies unos *shorts* blancos y un jersey a rayas blancas y azules

horizontales.

—Póngase esto. De prisa.

Sofía no vaciló ni un segundo. Se colocó a toda prisa las prendas. Luego, se quedó mirando al ceñudo individuo de mirada dura, que estaba escuchando con el oído pegado a la puerta. Se volvió hacia ella, y le hizo señas para que permaneciese silenciosa. Permanecieron así unos segundos. Por fin, Lyon Lambert se acercó a ella, y estuvo mirándola, siempre ceñudo, irritado.

—¿Quién demonios es usted? —masculló.

—Sofía Solev...

—Eso ya lo sé. Le pregunto qué maldita cosa estaba haciendo cerca de este yate. ¿Para quién trabaja?

Sofía apretó los labios.

—Para nadie.

—No sea estúpida... Pertenezco al MI5 británico, y hace ya un par de semanas que vengo vigilando el yate Paraíso. Me interesa que permanezca en aguas de Mónaco... Y llega usted y me lo estropea todo... ¿Qué se propone?

—Usted... me está mintiendo. Usted me capturó.

—Creí que querían ponerme a prueba. He entrado hoy mismo a trabajar con ellos y me pareció que querían saber si tenía amigos o alguien cerca de mí, para ayudarme en el momento preciso... Cuando la fui a buscar, estaba convencido de que era una trampa para probarme, y que usted era una residente del Paraíso.

—No..., no lo soy.

—Bien. Entonces, vámonos. Me ha estropeado usted el trabajo de dos semanas, maldita sea mi suerte. ¿Cree que ha sido fácil asociarme a esta gente, confiarlos, engañarlos...?

—Pues siga con su papel. Siga trabajando para el MI5.

—¿Está loca? ¡No puedo permitir que la maten! ¿Sabe nadar?

—Claro...

—Pues vámonos de aquí. La dejaré en la playa, y podrá ir a reunirse con sus amigos.

—Y usted me seguirá. No va a poder engañarme.

—Es usted una estúpida —masculló Lyon. Volvió a pegar el oído a la puerta, y al cabo de unos segundos la abrió, señalando al exterior, al paseo de la cubierta—. Vamos, salga.

—No.

—¡Salga! Maldita sea, lo tengo todo preparado: he recogido mi equipo, lo tengo todo en una bolsa de plástico, todo preparado para escapar... ¡Estoy perdiendo el trabajo de quince días por usted, por su vida! ¡Salga!

—¡No saldré! —Casi gritó Sofía. ¡No conseguiré engañarme, no le diré dónde están mis amigos, ni le diré nada...!

Lyon había saltado hacia ella, y le tapó la boca férreamente.

—Cállese... A hora no tengo más remedio que salir de aquí. ¡Y usted saldrá conmigo!

Tapándole la boca con riña mano, y arrastrándola con la otra, que rodeaba la esbelta cintura de Sofía Solevento, Lyon Lambert se dirigió hacia la puerta del camarote. La muchacha se debatía en sus brazos, si bien inútilmente. Salieron a cubierta, y Lambert musitó, junto al oído femenino:

—Déjese resbalar lo máximo posible por el casco, no haga el menor ruido. ¿Lo ha entendido?

La soltó, empujándola ahora suavemente hacia la borda. Pero Sofía dio media vuelta, intentando regresar al camarote.

—¡Al agua! —exclamó Lambert.

—¡Déjeme! ¡No quiero ir con usted, no...!

Se oyeron pisadas rápidas en la cubierta. En seguida, tres hombres llegaban corriendo a aquella parte de la cubierta. Se detuvieron en seco, atónitos.

—¡Lambert! —exclamó uno—. ¿Qué estás haciendo?

Lyon Lambert saltó hacia donde se veía una bolsa de plástico con diversos objetos, entre ellos una pistola. Sus manos se movieron frenéticamente, intentando sacarla de la bolsa... Pero Niko Camelini había saltado ya sobre su espalda, y le pasaba un brazo por el cuello, atrayendo rudamente su cabeza hacia atrás. Nils Boom también llegaba junto a Lambert en el mismo segundo y empujaba la bolsa de un puntapié. Abdul El Krisna también lanzó un puntapié, pero no hacía la bolsa, sino hacia el estómago de Lyon Lambert, que lanzó un rugido de dolor...

Ya pesar de tener a Niko Camelini medio estrangulándolo por la espalda, colgado de su cuello, se puso en pie, pasó las manos hacia atrás, asió la nuca del italiano y lo lanzó por encima suya, hacia la borda en la cual rebotó el menudo meridional. Lambert se volvió como una centella hacia El Krisna y lo tiró rodando por la cubierta

de un seco golpe en el pecho. Y Nils *Boom*, por detrás, le golpeó en la nuca con una pistola.

Las piernas de Lyon Lambert se doblaron. Cayó de rodillas, volviendo la cabeza hacia la petrificada Sofía Solevento, que lo contemplaba todo con ojos desorbitados.

—Sal... te, estúp...

El sueco volvió a golpear a Lambert, en el mismo sitio, tirándolo de bruces contra la cubierta, desvanecido. Sofía quiso reaccionar entonces y corrió hacia la borda, pero Niko Camelini se irguió ante ella, tambaleante.

—¡Nils! —llamó—. ¡La muchacha!

No sólo acudió Nils *Boom*, sino también el egipcio El Krisna... Sofía se lanzó contra Niko, el más pequeño de sus enemigos. Podía intentar derribarlo, saltar...

Pero una fuerte mano la asió del brazo, la hizo girar..., y Sofía Solevento recibió la más tremenda bofetada de su vida. Un impacto tan brutal que rodó por la cubierta casi desvanecida, ardiendo su cara, llenos de silbidos los oídos. Apenas se dio cuenta de que la alzaban, sujetándola rudamente. Y oyó la voz como muy lejana, por entre los agudísimos silbidos que parecían poder conseguir que su cabeza saltase en pedazos.

—Encerradla. ¡Y vamos a llevar a Lambert ante Tirreno, a ver qué explicación da a esto...!

CAPÍTULO V

Hacía ya casi media hora que iban navegando. Por el pequeño ojo de buey veía alejarse las luces de Mónaco, y oía el rumor del mar al ser hendido por el Paraíso. Sobre las negras aguas iluminadas en plata veía algunos puntos rojos, las luces de situación de otros yates. Si el redondo ventanal no hubiera sido tan pequeño, podría haber Intentado escapar, pero...

La puerta se abrió y Sofía se volvió, sobresaltada, asustada. Un grito incontenible escapó de sus labios antes de que sus manos taparan su boca... Se quedó mirando aterrada, con ojos desorbitados, a Lyon Lambert, que estaba en el umbral, con dos hombres tras él. Tenía el rostro lleno de sangre, un ojo enormemente hinchado, casi cerrado, y la ceja partida, enrojecidas las orejas, sus ropas estaban desgarradas, revuelto el cabello.

Fue lanzado de un empujón hacia el centro del camarote. Se doblaron sus piernas, y rodó hasta un rincón, donde quedó de bruces, jadeando, Sofía vio entonces sus manos atadas a la espalda.

Niko se acercó a ella, le hizo dar media vuelta, casi aplastándola de cara contra el tabique, y también ató sus manos, rápidamente, con fuerza.

—¿Qué..., qué le han... hecho?

—¿Qué importa eso? —dijo Nils, desde la puerta, pistola en mano—. Dentro de un par de horas, los dos seréis lanzados al agua, de modo que no os preocupéis demasiado por estas pequeñeces.

Niko acabó de atarla, y salió. La puerta fue cerrada, y Sofía se quedó mirando, casi desfallecida, a Lyon Lambert, que había conseguido sentarse, y estaba ahora apoyado de espaldas en un ángulo del camarote, mirándola fríamente, seguramente solo con el ojo derecho, ya que el izquierdo no se veía a través de la

tumefacción negruzca.

La muchacha dio un paso hacia Lambert, pero éste soltó un gruñido.

—No se moleste en mostrarse misericordiosa ahora —masculló secamente—. Lo mejor que puede hacer es irse al demonio. Pero váyase tranquila: nunca he conocido a nadie que tuviera tanta estupidez encima.

—¿Qué le ha ocurrido...? —gimió la muchacha.

—Me caí bailando. ¿Quiere dejarme en paz? No tengo deseos de charlar. Y menos, con usted. Quédese donde está y olvídeme.

Sofía se dejó resbalar hasta el suelo. Quedó sentada a menos de tres yardas de Lambert, mirándolo entre apenada y desconcertada.

—Lo siento de veras... ¡Lo siento!

Lambert pareció no haber oído. Movié la lengua dentro de la boca, y de pronto lanzó un rojo salivazo. Luego, se quedó mirando con frío sarcasmo a la muchacha.

—Es jugo de tomate —dijo—. Todo esto es un truco para engañarla. Pero no se fíe, guapa.

—¿De verdad... pertenece usted al MI5?

—No, no. Era una broma. Un truco. Usted es tan inteligente que lo descubrió todo. Enhorabuena. Y cuando nos tiren al mar, bien atados y bien lastrados y magníficamente muertos, seguirá siendo un truco mío. Felicidades, Sofía.

—Todavía no está todo perdido.

—¿No? Dígame —se interesó con amable ironía Lambert—: ¿Tiene algún truco preparado para escapar de aquí?

—Quizá... vengan a ayudarnos.

—Claro. Llegará un helicóptero, bajarán los amigos de usted, y nos salvarán. Y nos tendrán preparado el té, y globitos de colores, y un lecho mullido, suave... ¿Por qué no se calle de una vez?

Lambert soltó un refunfuño, volvió a escupir un rojo salivazo, soltó otro gruñido, y miró de reojo a Sofía.

—¿Por qué dice que no está todo perdido?

—Un amigo sabe que yo estaba vigilando el yate.

—¿Uno solo?

—Sí.

—¡Estupendo! ¿Y dónde está él ahora? ¿Se dará cuenta en seguida de que usted necesita ayuda?

—No sé...

—¡No sabe! ¿Dónde está ese amigo?

—Durmiendo, en el hotel...

Lyon Lambert quedó boquiabierto. Parecía incapaz de creer lo que estaba oyendo.

—Durmiendo en el hotel... Desde luego, es listo. Y, naturalmente, estará en el mejor hotel, hecho un rajá. ¿Por qué no me dice una cosa, Sofía?

—¿Qué cosa?

—¿Quién es usted? ¿Por qué maldita circunstancia ha tenido que mezclarse en mi trabajo? ¿Qué persigue usted, concretamente?

—Uno de los ocupantes de este yate mató a mi hermano... Y mi hermano lo mató a él, ya lo sabe...

—¿Y usted qué pretende? ¿Vengar a su hermano? ¿Usted solita?

—Ya le he dicho que tengo un amigo... Está en Montecarlo, esperando instrucciones.

—¿Instrucciones? No entiendo nada... A menos que usted, su hermano y ese dormilón estén trabajando para alguien en concreto. ¿De quién está esperando instrucciones su amigo?

—Del FBI.

De nuevo quedó boquiabierto Lyon Lambert. Y de pronto, se echó a reír.

—¡A otro perro con ese hueso, Sofía linda! ¿Qué tiene que ver el FBI en todo esto?

—Mi hermano trabajaba para el FBI, como... auxiliar, en Roma.

—Ah... ¿Usted también?

—Yo no. Pero mi hermano me dijo algo sobre el Paraíso. También llamó por teléfono a un agente del FBI, residente en Roma, para decirle que había gente sospechosa en el yate Paraíso.

—¿Sospechosa? ¿En qué sentido?

—Mi hermano reconoció a uno de ellos... No quiso aclarármelo bien; solamente dijo que el FBI se llevaría una sorpresa cuando supiera quién mandaba el yate paraíso. Supongo que se refería a ese... ese hombre gordo. Pero cuando Luigi estaba esperando al agente del FBI del cual recibía órdenes, fue descubierto; mató a un hombre, pero también le mataron a él... Y el Paraíso se alejó de Lido di Ostia.

—Voy entendiendo. ¿Y el FBI lo está vigilando?

—Sí.

—¿Por medio de ese agente de Roma?

—Sí. Es el que está durmiendo en el hotel. Dice que el yate no puede alejarse más de cien o doscientas millas, y que lo tendrá localizado siempre que quiera.

—Entonces, ¿qué hacía usted vigilando el Paraíso?

—Quería asegurarme de que no escapaba.

Lyon Lambert rió burlonamente.

—¡Magnífico! ¡La gran espía en acción! ¿Sabe lo que ha conseguido con todo esto? Yo se lo diré: va a causar preocupaciones a ese agente del FBI que está esperando instrucciones; ha conseguido que yo no pueda ya rendir mi servicio al MI5 después de haber conseguido ser admitido en el Paraíso, y, como simpática propina, usted y yo nos iremos dentro de poco al fondo del mar. Porque supongo que no esperará que ese agente del FBI pueda rescatarnos. ¿Cómo se llama?

—¿Qué importa eso? —se alertó de pronto Sofía.

—Conozco a algunos agentes del FBI en Europa. En general, hacemos buenas migas... ¿Qué nombre utiliza ese agente en Roma?

—Giuseppe Vívalo.

—Mmmm... No. No le conozco. ¿En qué hotel está? ¡Y no me mire así! Sólo quiero saber si desde su habitación puede ver la rada, y notar la ausencia de usted en la lancha... ¿Tiene prismáticos?

—¿Él? Sí, claro.

—¿Y en qué hotel está?

—En el Mare Nostrum.

—¿Solo?

—Sí... Eso dice, al menos. Está esperando no sé qué cosa de Washington desde hace algunos días. Recibió instrucciones de limitarse a vigilar el Paraíso y esperar un contacto.

—¿Con quién?

—Eso no lo sé.

—Pero sabe otras muchas cosas. ¿Todo eso se lo ha ido contando un agente del FBI?

—Sólo por encima, para convencerme de que no debía intentar nada por mi cuenta.

—¡Ésta es buena...! ¿Qué podía intentar usted? ¿No sabe que en este yate sólo hay asesinos profesionales de la mejor... escuela? Y

voy a demostrárselo en seguida. Ya pueden venir, Tirreno.

—¿Qué...? ¿A quién habla ahora...?

—Cierre la boca, estúpida.

* * *

Fatt Tirreno dio una palmadita divertida en una nalga de la bien provista Perla González.

—Id tú y Niko a por Lambert, y llévale lo que preparaste. Ha sido un buen trabajo. Un magnífico trabajo.

La mexicana y el italiano rieron, dirigiéndose hacia la puerta. Perla cogió una bandeja de sobre la mesa antes de salir.

Los demás estaban con Tirreno, que era quien atendía el receptor que había grabado toda la conversación entre Lambert y Sofía Solevento.

—Casi demasiado magnífico —musitó Amelia.

—Es cierto —asintió Tirreno—. Lyon Lambert está resultando un elemento muy útil. Un hombre sin fallos. Pero... Bueno, tiene una determinada característica que no es de mi agrado.

—¿Qué característica? —inquirió El Krisna.

—Pues... Parece, de verdad, un agente secreto. Su modo de hablar, de interrogar, de sacar conclusiones, de envolver a la muchacha con sus propias palabras, de sacárselo todo tan hábilmente...

—¿Cree que sea de verdad un agente británico? —exclamó Nils.

—No sé. Claro que todo puede ser casualidad...

—¿A qué te refieres? —se interesó Amelia.

—Lyon Lambert ha aparecido en el Paraíso justamente cuando lo necesitábamos, cuando, tras la muerte de Sirgo Koska, nos estábamos preguntando cómo resolver la dificultad de la falta de un elemento. Claro está que nos habríamos arreglado con cinco, pero la... dotación del Paraíso para esta clase de trabajos, es de seis elementos. Y Lambert apareció tan oportunamente...

—¿Vas a desconfiar de él ahora?

—No. Pero tampoco me fiaría demasiado. Ya tuve tropiezos con unos agentes americanos hace algunos años, en Sudamérica. No sé si eran de la CIA o del FBI, pero ahora me inclino por el FBI, ya que Luigi Solevento le dijo a su hermana que el FBI se llevaría una sorpresa cuando supiera quién mandaba el yate Paraíso. Por tanto,

debo pensar que es el FBI quien se enfrentó conmigo entonces. Y hasta ahora, yo creía que ellos estaban convencidos de que yo había muerto. Supongo que Luigi Solevento le diría al agente del FBI en Roma llamado Giuseppe Vitalo, quién era Fatt Tirreno. En cuyo caso, el FBI, al enterarse por medio de Vitalo, habrá enviado agentes preparados para identificarme, instruidos sobre mi manera de operar..., sobre mi... capacidad de trabajo y todo lo demás...

—¿Crees que Lyon Lambert es un agente del FBI?

—Por lo menos, es americano.

—Pero sus informes no mienten —susurró Amelia—. Lyon Lambert es un canalla que ha pasado malos ratos en Estados Unidos... Después de su historial jamás podría haber sido admitido en el FBI.

—Como agente legal y en nómina, no.

—Oh, vamos, Fatt...

—Es cierto, Amelia. ¿Por qué discutir? Sé ya cómo convencerme de la verdad sobre Lyon Lambert...

* * *

En el camarote, Niko estaba desatando a Lyon Lambert, ante la atónita mirada de Sofía Solevento. Al mismo tiempo, Perla González había dejado al descubierto el contenido de la bandeja, que era, simplemente, un rollo de algodón y un par de recipientes con alcohol. Cuando Lambert tuvo las manos libres empapó unos pellizcos de algodón en el alcohol y se lo pasó por la cara, tras tirar suavemente de la herida de la ceja y arrancar una tira de celofán con algo que parecía un corte de carne adherido a ella. Luego, la tumefacción del ojo desapareció, así como el tono rojizo de las orejas... En menos de dos minutos, ante la palidísima Sofía quedó de nuevo el viril y atractivo rostro del hombre que recordaba a un león...

Lyon Lambert la miró entonces, sonriendo irónicamente.

—Sin duda, querida Sofía: eres una estúpida.

Se puso en pie y salió del camarote, riendo, seguido de Perla y Niko, que sonreían también burlonamente. Y entonces, cuando Sofía Solevento quedó sola, se echó a llorar.

—Magnífico trabajo, Lambert —aprobó Tirreno—. Ha sido fácil, contando con los cosméticos de las damas. ¿Qué hacemos ahora?

—Deberíamos salir inmediatamente hacia Tánger, allá camuflar el yate, y marcharnos a Nassau. Tenemos poco tiempo para perder. Pero... no podemos dejar atrás a un enemigo que nos vigila. ¿No es cierto?

—¿El agente del FBI llamado Giuseppe Víto?

—Desde luego. ¿Quiere encargarse de él?

—Con gusto.

—¿Está dispuesto a matarlo? —musitó Tirreno.

Lambert lo miró sorprendido.

—¿Acaso no es lo conveniente?

—Sin duda. Bien; pues al trabajo.

—¿Voy solo, o...?

—No, no... Hay que hacer las cosas bien. Amelia irá con usted. Y Niko y Nadia formarán la pareja de información. Nada de fallos. Niko y Nadia estudiarán la situación, le pasarán el informe, y usted solucionará el punto final. Amelia colaborará directamente con usted. Ella conoce muy bien Montecarlo. ¿Qué clase de arma considera conveniente? ¿Rifle silencioso con mira telescópica, gas letal, cuchillo...?

—Usaré mi propia pistola, si no hay inconveniente.

—Ninguno. Sólo se trata de hacer las cosas bien, adelante.

CAPÍTULO VI

Fue Nadia Stenov la que regresó junto a ellos, con el informe preliminar:

—*Suite* veintidós, segundo piso, vista a la rada. Niko está examinando el terreno circundante. Parece que hay una casa lo bastante bien situada para hacerlo desde allí, sin entrar en el hotel.

—Eso sería lo conveniente, desde luego —asintió Lambert—. De todos modos, no será fácil matar a un agente del FBI. Los conozco muy bien, a esos...

Amelia lo miró fijamente.

—Nada de rencores personales, Lyon. Lo que sucedió entre tú y el FBI en Estados Unidos tienes que olvidarlo. Recuerda nuestro modo de trabajar: no importa quién sea el hombre. Es solamente el objetivo de nuestro trabajo.

—Ya lo sé —gruñó Lambert—. ¿Qué tal si vamos al encuentro de Niko?

—El vendrá cuando sea conveniente —rechazó Nadia Stenov.

Niko Camelini llegó veinte minutos después.

—Hay un sitio estupendo, Lambert. La casa no está precisamente enfrente, pero tiene un buen tejado que se puede escalar. Al menos, yo podría hacerlo.

—Lo haré. ¿Qué más?

—Precisamente la ventana del dormitorio queda orientada hacia esa casa. Es un poco más baja que el segundo piso del hotel, y está algo ladeada. Pero tenemos una ventaja: la ventana está abierta.

—Los

G-men

gustan de la vida saludable —sonrió torcidamente Lambert—. Pero temo que esta vez esa ventana va a ser causa de una definitiva

indisposición para el señor Vívalo.

—De todos modos —sonrió Niko—, asegúrate que puedes hacerlo desde allí. ¿Llevas la radio que se te entregó?

—Claro.

—Entonces, tú dirás.

—Bien... Hay otro problema; ese agente del FBI debe dormir con la luz apagada, ¿no es cierto? —sonrió—. De manera que habrá que despertarle, para que encienda la luz... Lo haremos por medio del teléfono, primero, Amelia y yo subiremos a ese tejado. Si veo que puede hacerse, te llamaré, Niko.

—De acuerdo. ¿Y si no puedes hacerlo desde allí?

—Tendré que entrar en el hotel. Pero no nos compliquemos la vida antes de hora. ¿Vamos, Amelia?

Efectivamente, la casa estaba algo ladeada con respecto a la fachada del hotel, pero, entre otras ventajas, tenía la de que resultaba fácil llegar a su tejado, sin llamar la atención. Y con las convenientes precauciones, sus ocupantes, dormidos sin duda a la una de la madrugada, ni siquiera se enterarían de nada.

La escalada hasta el tejado fue fácil para Lambert, e incluso para Amelia, que parecía estar muy bien entrenada para situaciones como aquélla. En menos de tres minutos, los dos estaban arriba, tumbados sobre las tejas. Lambert se desplazó hacia la izquierda, sin incorporarse. Por fin, quedó casi encarado a las ventanas de la fachada. La distancia era de apenas veinte yardas, de modo que un buen tirador no tendría excusa que justificara un fallo en los disparos.

—¿Puedes hacerlo desde aquí? —susurró Amelia.

Lambert asintió con la cabeza, mientras accionaba la radio que había encontrado en su camarote del Paraíso.

—¿Niko?

—Dime.

—Puedo hacerlo, creo... ¿Cuál es su ventana?

—Tercera, contando desde tu derecha.

—Lo voy a hacer. Llama a ese hombre por teléfono dentro de cuatro minutos. ¿Tienes tiempo suficiente?

—Sí... Hay un bar con teléfono cerca de donde estamos Nadia y yo. Ni siquiera creo tardar tanto tiempo.

—Pues adelante.

Se guardó la radio. Sacó la pistola, quitó el cargador y examinó las balas, a la luz de la luna, palpando cuidadosamente los pistones.

—No me gusta fallar... —dijo—. Y menos por una tontería como sería una bala defectuosa. Tendré muchísimo gusto en matar a un agente del FBI que, desde luego, no se llama Giuseppe Vívalo. Pero se llame como se llame, dentro de tres minutos sonará el teléfono, él encenderá la luz, y justo en el momento en que descuelgue el teléfono de la mesita de noche... Me bastará una sola bala, Amelia.

—Así ha de ser.

—Claro... También me parecería más práctico matar de un solo balazo a nuestra víctima de Nassau, en lugar de andar tirando bombas.

—Una sola bala no conseguiría nada en un coche blindado. Y no hablemos tanto, Lyon. ¿Para qué?

—Es cierto... De todos modos, me gustaría saber quién es ese personaje tan importante que ha de llegar a Oakes Field, Nassau, el viernes siete de mayo a las siete y veinte minutos de la tarde, en avión especial..., para que nosotros lo matemos con una bomba... ¿No crees que Tirreno nos lo diga hasta el momento preciso?

—Y eso, si quiere decirlo. Algunas veces, nos hemos enterado días más tarde de quién ha sido nuestro objetivo. Despreocúpate de estas cosas, Lyon. Haz tu trabajo, y eso es todo.

—Y hablando de trabajos..., ¿qué haremos con Sofía Solevento? ¿Realmente la tiraremos al mar?

—Claro... ¿Se te ocurre algo mejor?

—Pues... Desde mi punto de vista personal, sí. Sobre todo si tenemos en cuenta que en el Paraíso no se admiten... relaciones entre nosotros, Amelia. Lo cual lamento mucho.

—Y yo... —musitó Amelia Plata, brillantes los ojos— pero, después de lo de Nassau, estaremos dos meses en Acapulco, Lyon. Quizá entonces podamos dedicarnos a vemos... fuera del Paraíso.

—¿Por qué no? —sonrió maliciosamente Lambert—. Pero, mientras tanto, creo que no me gustaría matar a esa chica esta misma noche. Lo podríamos hacer... por la mañana. Antes de amanecer. Yo me encargaría de ella, después de lo otro... La lastro bien, y la tiro por la borda. Y ya está. ¿Crees que Tirreno tendrá inconveniente?

—Quizá no —dijo secamente Amelia—. Pero no es cosa que a mí

me haga gracia.

—Oye, oye, nada de romanticismos, ¿eh? Sofía Solevento es muy hermosa y, a fin de cuentas, por ti tampoco siento nada especial... ¿Lo entiendes?

—Estamos hablando demasiado. Y no es lugar ni momento.

—Pues cierra la boca.

—Lambert encajó de un golpe el cargador en la pistola, y miró hacia las ventanas de la fachada del hotel Mare Nostrum.

—Ya creo que ya han pasado más de t...

La luz de una de las *suites* se encendió, de pronto. Y un leve resplandor amarillento llegó hasta el tejado donde estaban Lambert y Amelia. El primero alzó la pistola rápidamente, casi respingando, al ver al hombre que se sentaba en la cama y tendía la mano hacia el teléfono.

—¡Ahora, Lyon! —musitó Amelia.

—¡Calla!

Justo en el momento en que el hombre alisaba el auricular, Lyon Lambert apretaba el gatillo de su pistola. Apenas brotó llamarada, y se oyó un suavísimo chasquido... El hombre que estaba sentado en la cama cayó de lado, hacia la almohada, como bruscamente zarandeado, soltando el auricular. Pareció rebotar en la almohada, se incorporó un poco..., y Lyon Lambert volvió a apretar el gatillo.

El hombre quedó sobre la cama un par de segundos jltres. Luego, lentamente, fue resbalando hacia el suelo, crispadas las manos en las ropas del lecho, arrastrándolas... Pero antes de haber llegado al suelo sus manos soltaron la ropa, blandamente, de pronto...

—Lástima que el alféizar de la ventana lo tape —sonrió Lambert—. Podrías haber obtenido una buena foto, Amelia.

* * *

—No me gusta —dijo Tirreno.

Lyon Lambert frunció agresivamente el ceño.

—¿Qué es lo que no le gusta? —Gruñó.

—Quizá no murió.

—¿Qué dice? —exclamó despectivamente Lambert—. ¿Está dando a entender que puedo fallar dos disparos a esa distancia?

—Todo es posible.

—¡No diga tonterías! —Se irritó el americano—. ¡Puedo meterle siete balas en el mismo sitio disparando desde cien pies! ¡Y si quiere se lo demuestro ahora mismo, como usted quiera!

—Cálmese, Lambert —apaciguó el gordísimo, siempre invisibles sus ojos tras los negros cristales de los lentes—. No sugiero que su puntería sea mala, sino que hay que prevenir siempre cualquier posible fallo. Sea razonable. ¿Admite que siempre puede haber un fallo?

Lyon Lambert continuó con el ceño fruncido. Por fin, encogió los hombros, tras una mirada circular a sus recientes compañeros.

—De acuerdo. ¿Qué sugiere?

—Nos quedaremos aquí hasta que sepamos que ha sido retirado ese cadáver del hotel Mare Nostrum.

—¿Aquí? ¿En la rada?

—Sí. Niko regresará ahora a Montecarlo, y estará vigilando el hotel. En cuanto venga con la noticia de que Giuseppe Vitelo ha sido encontrado muerto en su *suite*, nos iremos.

—¿A Tánger?

—Ya casi no hay tiempo. Además, si ese hombre está muerto, el peligro ha desaparecido. Al menos, en parte.

—Muy bien, usted manda. ¿Puedo pedir algo?

—Sin duda.

—Es respecto a Sofía Solevento. ¿Hay inconveniente en que esta noche permanezca viva, y yo me dedique a... mmm... cultivar su amistad?

—¿Lo cree necesario? —sonrió fríamente Tirreno.

—Me gusta la chica. Y ella no forma parte de la dotación del Paraíso, ¿no es cierto?

—Bien... Bien, bien, Lambert, como quiera. Pero sólo esta noche. Cuando salgamos de la rada, ella no deberá acompañarnos.

—¿Y a mí qué..., entonces?

—Perfecto. Ya le dije que me gusta que mis elementos disfruten de la vida, cada uno a su manera. Y, al fin y al cabo, Sofía Solevento tiene que morir...

—¿Puedo retirarme?

—Desde... ¿Qué hay, Mokoulos?

El rollizo y moreno griego acababa de aparecer en la puerta del camarote. Llevaba un papel en las manos, que agitó ligeramente.

—Un mensaje de Washington. Acaba de llegar.

—Veamos.

Mokoulos tendió el mensaje a Tirreno, que lo leyó despacio, como saboreando las palabras. Pareció un poco sorprendido.

—¿Estás seguro de haberlo descifrado bien, Molos?

—Claro. He dicho que no había respuesta.

—Y no la hay, en efecto. ¿Para qué? Señores, quiero que lean esto.

El mensaje fue pasando de mano en mano. Cuando llegó el turno a Lambert, Amelia lo leyó con él.

«Esperamos su presencia en punto convenido veinticuatro horas antes de la acción. Los tres queremos asegurarnos de que el plan ha sido bien estudiado. Y en todo caso dar nuestra aprobación».

—¿Quiénes son estos tres? —musitó Lambert.

—Las personas que nos van a pegar por esto.

—¿Son americanos?

—Son clientes... —sonrió Tirreno—. Decididamente, tendremos que olvidar nuestra escala en Tánger.

—¿También nuestro objetivo es americano?

—Está preguntando demasiado, Lambert. Sepa que eso no es costumbre permitida en el Paraíso.

—Ah... Entonces, buenas noches a todos.

—Que descanse. O que se divierta, allá usted.

—Procuraré hacer las dos cosas.

Lyon Lambert salió del camarote de Tirreno, el cual quedó pensativo. De pronto, miró fríamente a Amelia Plata.

—No me gusta el modo en que miras a Lambert, Amelia.

—No..., no he intentado... nada.

—Así ha de ser. Parece que él ha comprendido mejor que tú la situación de todos vosotros en el yate. Si todo sale bien, dentro de un par de semanas estaremos en Acapulco. Entonces, serás libre durante dos meses. Mientras tanto, deja de mirar a Lambert. Y si él quiere pasar un rato con Sofía Solevento, no es cuenta tuya. Piensa en otra cosa.

—Así lo haré, Fatt. Pero to aseguro que mañana, cuando él liquide a esa italiana, yo estaré presente.

—¿Él?

—Dijo que te pediría permiso para matarla personalmente.

—¿Por qué no? —sonrió Tirreno—. Es una buena idea. Niko, ve a colocarte ante el hotel. Ya sabes. Y si resulta que ese Giuseppe Vívalo está bien muerto, y Lambert mata mañana a la muchacha, creo que sería una estupidez por nuestra parte continuar desconfiando. Todos a dormir.

* * *

Sofía Solevento se quedó mirando hoscamente a Lyon Lambert cuando éste apareció en la puerta del camarote.

—Ven conmigo —dijo él.

—No.

—Ya no hay trucos —sonrió sorprendentemente el asesino profesional—. Y no te lo pido por favor, nena. Te ordeno que vengas. Puedes hacerlo a las buenas o a las malas. Como prefieras.

—¿Adónde vamos?

—A mi camarote. Es más confortable que éste. Hay literas, una radio, mueble-bar, libros, tocadiscos... Estarás muy bien allí... en mi compañía. La noche es larga.

Sofía se echó hacia atrás, como si quisiera quedar adherida al tabique.

—¡No! —Palideció.

—Eres una chica muy cabezota, Sofía. Muy bonita, pero muy cabezota... Rubia, ojos color... miel, boquita dulce y gordita, fresca... Tus manos son muy hermosas, tan blancas... Y tu cuerpo es... perfecto. Tienes de todo y en la justa cantidad... ¿Veinte años? ¿O veintidós?

—Márchese. ¡No se acerque!

—No seas tonta... Es mejor lo que te propongo yo que quedar ciega o mutilada, aunque sean pocas horas antes de morir. Acepta de buen grado, créeme. Puedo ser muy agradable... o muy desagradable. Yo creo que siempre es mejor tomar a las personas por su lado amable... ¿Qué opinas tú?

—¡No me toque! —chilló Sofía.

Pero Lyon Lambert estaba ya ante ella, adelantando las manos.

Una de ellas acarició la barbilla de la muchacha; la otra se deslizó por la cintura.

—Calma, pequeña, calma... Sólo quiero desatarte.

La volvió de espaldas a él, de pronto, rudamente, desató las cuerdas que apretaban las finas muñecas, luego la hizo girar de nuevo, y se quedó mirando los bonitos ojos, brillantes, desorbitados por el miedo.

—Puedo hacerte una oferta mejor todavía. Sé amable conmigo, y conseguiré de Tirreno que te deje viva hasta llegar a Nassau. Es una semana más de vida, querida. ¡Una semana! Siete días de sol, de brisa mar, de aire fresco en tus pulmones, de latidos de tu corazón... No dudo que me entiendes muy bien. ¿Verdad, nena?

—Es usted... un..., un... maldito canalla.

—No exageres. ¿Y bien? ¿Vienes a mi camarote por las buenas... o prefieres que te lleve yo?

—¡No me toque!

—Claro que no... —sonrió Lambert—. No tengo tanta prisa.

Abrió la puerta y quedó esperando, mirando con una extraña sonrisa a la muchacha. Alzó las cejas al ver que ella no se movía, y entonces Sofía lo hizo. Salió del camarote vacío, y Lambert cerró la puerta, la tomó del brazo alegremente, y la llevó hacia el suyo, tres puertas más hacia la proa. Abrió, la empujó suavemente, entró tras ella y cerró.

—¿Un cigarrillo? —ofreció—. ¿*Whisky*, jerez, ron, coca cola, naranja...?

—No quiero nada —alentó apenas la muchacha.

El asesino profesional señaló la litera inferior.

—Siéntate.

La estuvo mirando mientras lo hacía. Luego, siempre con aquella extraña sonrisa irónica, encendió un cigarrillo, sin dejar de mirarla, entornados los ojos. Después, se sirvió un trago de *whisky* del mueble-bar... Con el vaso en la mano, y como si se hubiese olvidado de Sofía Solevento, Lyon Lambert se dedicó a recorrer lentamente el camarote, examinando todo el espacio, pulgada a pulgada, bebiendo cortos sorbitos de *whisky*, fumando... Por fin, se detuvo ante el espejo, y se quedó mirando el enchufe que se suponía era para la maquinilla de afeitar o cualquier otro aparato que precisara energía eléctrica ante el espejo. Siempre sonriendo,

dio un par de golpecitos con la uña en la pasta blanca.

—Buenas noches, Tirreno. ¿Le importaría dejar de figonear en mis asuntos personales? Ése fue el trato, ¿no? Quiero advertirle que, si no desconecta el micrófono, voy a taparlo, con lo cual obtendré el mismo resultado. ¿Okay?

La voz de Fatt Tirreno brotó algo más arriba, en el borde superior del espejo, muy metalizada, fría, impersonal casi:

—Antes de que salga el sol, Lambert, la chica tiene que estar en el fondo del mar.

—Así será. Y ahora, taparé el micrófono. Espero que no se moleste.

Apagó el cigarrillo, hizo dos bolitas con las hebras de la colilla y tapó los orificios del enchufe, sin dejar de sonreír. Entonces, encendió otro cigarrillo, cogió una silla y se sentó delante de Sofía, mirándola amablemente.

—Como te decía, la noche es larga. Aunque, bien mirado, no lo es tanto como me gustaría... Son más de las dos, el sol sale hacia las seis... Tenemos cuatro horas de... amistad, Sofía.

—Cobarde... —gimió la muchacha—. ¡Sucio cobarde!

Lambert frunció el ceño. Sacó la pistola, apuntó a Sofía un instante y, de pronto, volvió a sonreír. Sacó el cargador, lo examinó como si fuese la cosa más importante del mundo, y dijo:

—Se supone que con esta pistola he matado no hace mucho a un agente del FBI que se hacía llamar Giuseppe Vívalo, que estaba de residente en Roma, y que se dedicaba, en la actualidad, a vigilar el yate Paraíso. Por tanto, espero que a primeras horas de la mañana la policía de Mónaco, así como una ambulancia, etcétera, haga acto de presencia en el hotel Mare Nostrum, a fin de retirar el cadáver. La noticia de la muerte de Giuseppe Vívalo no será silenciada. Por el contrario, se harán las cosas de manera que nadie pueda dudar que ha muerto... ¿Y sabes por qué, Sofía?

Sofía Solevento, muy abiertos los ojos, ni siquiera parpadeó.

—Pues porque es natural que si hay más agentes del FBI vigilando el Paraíso quieran hacer creer a los ocupantes de éste que el único hombre que los tenía vigilados está muerto, y que todo ha terminado. Ya no hay peligro. ¿Verdad que es una actitud muy... astuta?

Quedó pensativo, con el cigarrillo incrustado en un lado de la

boca, antes de continuar, como hablando para sí mismo:

—Sería en verdad interesante saber quién va a ser esa importante víctima del Paraíso. Sin duda, es un gran personaje americano, que llegará a Nassau a las siete y veinte minutos de la tarde del día siete del mes de mayo. Mmmm... No obstante, aun suponiendo que el FBI tuviera conocimiento de quién es ese personaje, sería conveniente para ellos no suspender el viaje, ya que se levantarían sospechas en el Paraíso. Por tanto, nada de aplazar o suspender el viaje por ningún motivo. Con lo cual, los del Paraíso caeríamos en la trampa del FBI. ¿No te parecería ésta una buena idea, Sofía?

—Usted... está loco...

—Sólo por ti. En lo demás, creo que reflexiono con bastante cordura. Mmm... Sí, así lo creo. Hay otra cosa, además. Según el último «radio» recibido desde Washington en el Paraíso, tres personajes se pondrán en contacto con Tirreno en Nassau, veinticuatro horas antes del «trabajo». Yo he leído ese mensaje. Obviamente, esos tres personajes son los que han pagado a Tirreno para que el yate Paraíso envíe a sus... empleados a Nassau, a cometer un asesinato más... ¿O no es un asesinato más? Yo creo que no. Y la prueba está en que cada uno de nosotros va a cobrar, como prima extra, ni más ni menos que quinientos mil dólares. Eso significa que hay mucho dinero de por medio, grandes influencias, quizá móviles políticos... Entonces, llegamos a una conclusión...

Se sirvió un poco más de *whisky*, y ahora se sentó junto a Sofía, en la litera, siempre llevando el cargador de su pistola en una mano.

—La conclusión es la siguiente: los del yate Paraíso, en sí, no importamos demasiado. Somos... carne de cañón, ejecutores, mercenarios. En cambio, esos tres hombres que llegarán al Paraíso son muy importantes, ya que, si el FBI los atrapase, sabría quién ha organizado el tan importante asesinato que tenemos que cometer los del yate. Entonces, pueden suceder dos cosas. Una, que esos tres hombres hayan dado la orden al Paraíso por su propia cuenta, por motivos personales o de índole política o económica. Dos, que a su vez esos tres hombres estén obedeciendo órdenes de alguien más. ¿Correcto, Sofía?

—No... entiendo... No sé de qué está hablando...

—No importa. Yo hablo para... ordenar mis ideas. Es que me gusta siempre saber bien las cosas, ¿comprendes? Mmm. Decía que esos tres hombres pueden haber hecho el encargo al Paraíso por motivos propios o, a su vez pagados por otras personas. Esto significaría comprometerse demasiado. Por tanto, debemos decidir que los tres personajes obran por cuenta propia. Conclusión final: esos tres hombres esperan obtener algo muy importante con la muerte del personaje desconocido, Importante desde el punto de vista económico ya que, como digo, los personajes del Paraíso, con todo y ser unos eficientes asesinos profesionales que no temen a nada y están bien organizados, son gente de poca monta. Carne de cañón. Como punto final, opino lo siguiente, el FBI debería tener aún más paciencia de la que han tenido Giuseppe Vitelo y Sofía Solevento, y esperar a que el Paraíso llegue a Nassau, y los tres hombres importantes aborden el yate. Entonces, se aprieta el cerco... y ya está. Fin.

Se quedó mirando irónicamente a Sofía, que estaba muy desconcertada.

—¿De verdad no quieres un *whisky*, nena?

—No.

—Tú te le pierdes... Ah, otra cosa; supongo que has oído que tienes que morir antes del amanecer, ¿no es así? Yo voy a tener el privilegio de matarte. Y lo haré del siguiente modo: a las seis en punto, saldré a cubierta contigo, te amarraré sólidamente, te pondré un buen peso en los pies, y te tiraré al mar. Y entonces, tú te irás al fondo, al fondo, al fondo... Igual que Mario Meili. Y el Paraíso, sin escalar en ninguna parto, realizará viaje a Nassau. ¿Verdad que te gustaría poder comunicar todo esto al FBI, a tus amigos?

Se echó a reír. Metió el cargador en la pistola, y se colocó ésta entre el cinturón y los pantalones. Luego, volvió a sentarse en la silla, con el respaldo por delante.

—¿Sabes que eres en verdad muy bonita, Sofía? —sonrió.

* * *

A las seis menos diez minutos de la mañana, Nils *Boom* y Abdul El Krisna oyeron, de pronto, el agudo grito dentro del camarote de Lyon Lamben, ante cuya puerta estaban esperando, Luego, ruido de pies precipitados, algo que caía con estrépito al suelo, otro grito...

Y de pronto, el silencio.

El Krisna y *Boom* se miraron, sonrieron secamente y se alejaron de la puerta, hacia la borda. Apenas medio minuto después, la puerta se abrió, y Lyon Lambert aparecía en ella, llevando bajo un brazo, doblada por la cintura, a la desvanecida Sofía Solevento, como si fuese un fardo de poco peso. La muchacha Colgate, inerte, con las manos casi tocando el suelo...

Lambert la dejó caer en cubierta, cerca de los bordes y se quedó mirando irónicamente al egipcio y al sueco.

—¿Esperáis divertirlos con el espectáculo?

—Preferiríamos estar durmiendo —aseguró El Krisna.

—Pero Tirreno nos dio instrucciones anoche. Debes darte prisa, Lambert —advirtió *Boom*—. Pronto amanecerá.

—Ahí viene Amelia.

Amelia Plata, en efecto, se reunió con los tres hombres. Llevaba un pijama rojo, y sobre él una ligera bata esponjosa, negra, con grandes flores rojas de adorno. Miró furiosamente a Lambert.

—Espero que te hayas divertido.

—Vete al demonio —sonrió el americano.

Amelia se acuclilló junto a Sofía, y le puso una mano sobre el corazón. Alzó vivamente la cabeza.

—No está muerta —susurró.

—Lo estará pronto. ¿Quieres ayudarme?

—Con mucho gusto —sonrió malignamente Amelia.

—Ve a buscar una buena cuerda y algo que sirva de lastre...

—Yo iré —se ofreció *Boom*—: abajo tenemos algún ancla oxidada, y cuerdas.

Se alejó hacia la entrada a las cabinas. Lyon Lambert aspiró hondo, y miró hacia el Este, que mostraba ya un tono rojizo-dorado. En el cielo se veían las estrellas finales, muy brillantes.

—Hermoso amanecer... ¿Ha vuelto Niko?

—No —dijo El Krisna.

—Pobre muchacho... ¡Toda la noche sin dormir... para nada! ¿No habéis dormido vosotros tampoco?

El Krisna refunfuñó algo, y se quedó mirando a Sofía Solevento, cuyos cabellos se desparramaban por cubierta. Estaba muy pálida, y parecía tener algunos golpes en la cara. El egipcio miró de reojo a Lyon Lambert, pero éste parecía extasiado contemplando la salida

del sol, anunciada por el rojo resplandor...

—Aquí está esto —apareció *Boom*, jadeando—. Estoy seguro de que Amelia no habría podido traerlo.

Dejó un pesado anclote junto a Sofía. Lambert cogió la cuerda, ató a la muchacha de pies y manos, y con el último cabo ató a los pies el pesado anclote. Luego, señaló éste a El Krisna, que lo alzó, al tiempo que Lambert tomaba en brazos a Sofía, y los apoyaba en la borda.

—¿La vas a tirar viva? —susurró Amelia.

El americano se quedó mirando el bello y pálido rostro de la joven y dulce italiana.

—No tengo corazón para matarla, Amelia.

El Krisna soltó una risita, y *Boom* sonrió. Era una buena broma aquélla, sí, señor. Pero Amelia sólo estaba deseando que Sofía Solevento fuese lanzada al mar...

—¿Qué estás esperando?

—Es tan bonita... Y tiene una piel tan fina... Adiós... Adiós, dulce Sofía...

La dejó caer, de pronto, sorprendiendo a El Krisna, que apenas tuvo tiempo de soltar el anclote tras la muchacha, unido a los pies de ésta por la cuerda. Se oyó el fuerte chapoteo, y Sofía Solevento desapareció entre la espuma. Las aguas eran transparentes, tranquilas, pero se espesaban pronto... En menos de cinco segundos, Sofía Solevento desapareció en la negrura de las profundidades.

Lyon Lambert encendió un cigarrillo, se quedó mirando hacia el sol y, de pronto, bostezó fuertemente.

—Demonios... Creo... —Volvió a bostezar—, creo que iré a dormir un par de horas... Hasta que llegue Niko. Y si es posible, no me despertéis, a menos que sea necesario... Hasta luego.

Y entró en su camarote, bostezando ruidosamente.

* * *

Fatt Tirreno abrió los ojos de pronto. Se quedó mirando sobre él, pero sólo veía manchas... Estaba solo con el pantalón del pijama, tumbado en la litera, desparramándose por el lado libre, llena de sudor su frente, la calva, la barrigota, los enormes pechos... Su mano se movió hacia el taburete, encontró los lentes oscuros y se

los puso, ocultando los ojos diminutos, de córnea rojiza...

—¿Qué ocurre, Nils? —Gruñó roncamemente.

—Niko ha vuelto.

—¿Y?

—Giuseppe Vítaló ha sido retirado del hotel por un coche del servicio mortuario de Montecarlo. La policía está haciendo averiguaciones...

—¿Qué hora es?

—Las nueve y pico.

—¿Y ya han descubierto el cadáver?

—Giuseppe Vítaló dejó encargado que lo llamaran a las siete en punto. Naturalmente, no contestaba al teléfono, de modo que, según ha entendido Niko, el conserje subió personalmente, y...

—Entiendo.

—Sofía Solevento está en el fondo del mar.

—¿Visteis a Lambert hacerlo?

—Sin lugar a dudas. La ató, le colocó un viejo anclote en los pies y la tiró. Luego, se fue a dormir..., y todavía duerme. ¿Lo despertamos?

—¿Para qué? —sonrió Tirreno—. Y dejad también dormir a Niko, Yo saldré a cubierta dentro de un rato, para entonces, Nils, tenemos que estar lejos de estos lugares. Todo va bien después de estos pequeños contratiempos en Roma, y aquí, en Mónaco... Por suerte, podemos ya contar con Lyon Lambert con plena seguridad, de manera que disponemos de casi diez días para perfeccionar el asesinato de nuestro hombre... Pon rumbo a Nassau por la ruta más directa posible.

—Sí, señor: rumbo a Nassau.

CAPÍTULO VII

A las cinco de la tarde del día 6 de mayo, el yate Paraíso llegó a la isla de Nueva Providencia, exactamente a Long Point, delante del pantanoso Malcolm Creek y Bambo Town. Y al otro lado de la isla, en la costa Norte, Nassau esperaba vivir uno de los más sensacionales asesinatos que ocurrirían jamás en sus calle. Bajo la toldilla del yate, Fatt Tirreno, rodeado de sus «elementos», daba los últimos toques al plan. Como modificaciones sustanciosas, se había decidido no llegar en coche a la Estación Meteorológica, sino continuar por Bine Hil Road hasta su cruce con Cowpen Road, a un cuarto de milla de Seven Hills. Esto es, a tres millas de Long Point, Allí, estaría esperando el helicóptero, que los llevaría a todos por encima de los pantanos, hasta el mar, hasta el yate.

—En cuanto a la idea de utilizar dos bombas, Lambert, es francamente buena. Sólo que se tendrá que actuar con rapidez y cronometrados a la décima de segundo.

—Podemos hacerlo Abdul y yo —dijo Lambert—. Sin querer molestar a nadie, creo que Abdul es el que tiene los nervios mejor templados del grupo.

—Aparte de ti, ¿no? —sonrió Niko.

—Ya he dicho que no quería molestar a nadie, Niko.

—Pero ¡si no me has molestado...! Estoy diciendo una verdad que todos hemos admitido ya, Lyon.

—Bien... Entonces, creo que Abdul y yo podríamos hacerlo. Abdul dispararía la primera granada contra el cristal. Y apenas hubiese apretado el gatillo, yo tiraría la otra granada, al interior del coche, por el hueco del cristal roto... Surtiría mucho más efecto que tirándola directamente contra la plancha blindada.

—De acuerdo —alzó una mano Tirreno—. ¿Alguno tiene otra

idea que mejore el trabajo?

Nadie dijo nada. Las ideas habían sido ya estudiadas y explotadas al máximo. El plan parecía haber llegado a su punto imperfectible.

—Muy bien. Y ahora, por última cada uno dirá su parte en el atentado. ¿Amelia?

—Yo estaré esperando en el helicóptero...

Durante media hora más, los asesinos profesionales fueron explicando meticulosamente la parte que les correspondía llevar a cabo del plan de asesinato. Y ni uno solo tuvo el menor fallo en la memorización ni siquiera del más pequeño detalle. Cuando Lambert, que fue el último, terminó de explicar su cometido, Tirreno suspiró profundamente.

—Perfecto en lo posible. No puede fallar. Supongo que nuestros clientes no podrían encontrar mejores profesionales que nosotros.

—Somos unos querubines —sonrió torcidamente Lambert; y como los demás rieran, él sonrió, guiñó un ojo, y añadió—: Unos auténticos querubines del Paraíso.

—¡Buena frase! —rió El Erisna—. ¡Muy bien adaptada, Lyon!

—Soy un muchacho de ingenio... ¿Hay inconveniente en que Nadia y yo bajemos a pescar algo, Tirreno?

—Por el contrario —exclamó el gordo—. Espero impaciente una buena pieza de carne succulenta, Lyon.

—Bien... Todo está dicho y acabado. Esperemos —frunció el ceño el americano— que nuestros amigos de la isla no fallen en la colocación de los coches y el helicóptero.

—Sería absurdo... Esa parte corresponde a nuestros clientes, y estoy seguro de que cuando nos visiten será para decimos que ellos lo tienen todo a punto.

—¿Y cuándo vendrán?

—Mmm... No sé... Dudo que sea antes de mañana. Pero eso es cosa de ellos. No hay que impacientarse: ya nos avisarán su llegada por la radio. A pescar, Lyon. Y buena vista... Hay tiburones por estas aguas, no lo olviden.

Lambert miró burlonamente a Nadia.

—¿Qué dices tú, rusa? ¿Te atreves a bajar?

—Si un americano baja, una rusa baja —sonrió Nadia Stenov.

Lyon Lambert se echó a reír. Dio una palmadita en el vientre de

la Stenov, cariñosamente.

—Iré a mi camarote a prepararme... ¿Diez minutos?

—Diez minutos.

El americano se dirigió a su camarote, silbando. Nadie se colocó a su lado, para recorrer juntos el corto camino. Los demás se tumbaron perezosamente en las tumbonas plegables, excepto Amelia, que se alejó hacia la popa, siguiendo a Lambert y a Nadia.

Éstos se despidieron con un leve gesto ante el camarote de la rasa, y Lambert continuó, dio la vuelta a las cabinas y entró en el suyo.

Se quedó pensativo unos segundos, antes de dedicarse a preparar el equipo de inmersión. Como siempre, estaba en «*slip*», y cuando se quitó el jersey color café, su poderoso tórax quedó si descubierto, intensamente bronceado, como todo el cuerpo. Sus músculos eran finos, como varillas de acero que vibraran al menor movimiento; los pectorales estaban muy marcados, como cincelados en piedra...

Se volvió velozmente cuando oyó abrirse la puerta del camarote.

—Soy yo...

Lambert se quedó mirando con absoluta indiferencia a Amelia Plata un instante. Luego, continuó sus preparativos.

—¿Qué quieres? —preguntó, de espaldas.

Oyó cerrarse la puerta. Luego, el suave rumor de los pies descalzos de la argentina... Y, de pronto, las manos de ésta rodearon su cintura. La mejilla de Amelia se apoyó en la durísima espalda.

—Lyon —gimió—, creo que no podré resistir más...

El americano se desasíó, con suave firmeza, y se volvió, mirando ceñudamente a la hermosa Amelia.

—Lo vas a echar todo a perder, Amelia. ¿Qué demonios te pasa? Conoces las reglas del Paraíso mejor que yo, ¿no es cierto? Y Tirreno no me parece un hombre que guste de ser desobedecido.

—¿Qué nos importa eso a nosotros?

Lambert se desasíó de los bellos brazos de la argentina, y se dedicó de nuevo a preparar su equipo de pesca submarina.

—A mí me importa... —Gruñó—. Si recuerdas bien las cosas, yo no quería aceptar ningún empleo. Pero, ahora, me gusta éste. Y quiero conservarlo. No busques complicaciones... para los dos.

—Cuando..., cuando antes tocaste a Nadia... ¡la hubiese

matado!

Lambert se volvió, cada vez más ceñudo.

—Estás loca... Sal de aquí.

—Sólo un beso, Lyon... ¡Sólo uno!

—Ojalá fueses como Nadia —masculló él.

—¿Fría como Nadia? —se sorprendió Amelia.

—No es fría: es consciente. Estoy seguro de que si en Acapulco la elegía a ella en lugar de a ti, no se negaría. Pero obsérvala: ni una sola vez me ha hecho la menor demostración de interés... personal. Ahora, sal de mi camarote. Tirreno no se creería que habíamos estado jugando al ajedrez...

La apartó rudamente, apretando con fuerza sus brazos.

—Márchate.

—No lo entiendes... —jadeó ella—. No lo entiendes, Lyon; ¡yo te amo de verdad!

Lyon quedó boquiabierto, estupefacto. De pronto, se echó a reír, y Amelia palideció intensamente.

—¡Decididamente, estás loca! —exclamó el americano—. Quiero que salgas de aquí, que te olvides de mí hasta llegar a Acapulco, y que convivas con los demás querubines del Paraíso igual que lo has hecho hasta ahora... ¡Acabarán por darse cuenta!

—No me importa...

—Pues debería importarte, porque si así fuera, Tirreno conseguiría que no estuviéramos juntos en Acapulco... ni en ninguna otra parte. Y ahora, sal de aquí si no quieres que te eche a golpes.

Amella se mordió los labios. Suspiró entrecortadamente y se dirigió hacia la puerta. Allí se volvió, antes de abrirla.

—Si vuelvo... a verte tratando... cariñosamente a Nadia, lo echaré todo a perder, Lyon.

Lambert frunció el ceño, y señaló al exterior, en silencio. Amelia salló del camarote... y el americano quedó pensativo, con una dura sonrisa cínica en los labios.

* * *

Fatt Tirreno lanzó un sonoro eructo, y alzó en el acto una de sus gordas manos.

—Perdón... —solicitó—. Si detesto comer bien es por estos

detalles de mi digestión.

—Que aproveche —rió Lambert.

Estaban todos bajo la toldilla. Una hermosa noche, llena de estrellas, luna llena... El mar parecía de plata y terciopelo negro, y su rumor era casi musical. A lo lejos, hacia el Norte, se veía el resplandor de las luces de Nassau, al otro lado de la isla.

—¿Alguien quiere más *whisky*? —preguntó el americano.

—Yo —dijo en seguida Amelia.

Adelantó su vaso, y Lambert le sirvió un par de dedos. Luego, se llenó su vaso hasta la mitad, y echó dos «*rocks*». Nadia Stenov estaba encendiendo dos cigarrillos a la vez, bajo la divertida mirada de Niko, Nils y Abdul. Perla González estaba mirando su mano a contraluz lunar.

—Tengo unas manos bellísimas, ¿no es cierto? Nadie diría que estas manitas son de una asesina profesional.

—No tengas mal gusto, Perla —dijo Nils—. Esas cosas no se dicen. Se asesina, pero no se dice.

—Además... —rió Niko—. Tú no eres una asesina, sino un querubín del paraíso...

—Vaya —rió también Lambert—. Parece que eso te ha hecho mucha gracia, Niko.

—¡Claro que tiene su gracia! Yo creo que os falta sentido del humor... ¿No te das cuenta? ¡Querubines del paraíso...! Claro que, en este caso, el Paraíso es un yate, pero el significado...

Mokoulos apareció precipitadamente en la cubierta, y todos se quedaron silenciosos, mirándolo. Nadia Stenov tendió a Lambert uno de los cigarrillos que había encendido, sonriéndole tras desentenderse del griego. El americano lo aceptó, intentando decir gracias en ruso, con lo cual Nadia se echó a reír... y se ganó una fría mirada rencorosa de Amelia Plata...

—¿Qué ocurre, Mokoulos? —preguntó Tirreno.

—Los clientes... Acaban de enviar un mensaje.

—Bien... ¿Dónde está?

—No hacía falta apuntarlo. Es corto. Vendrán mañana, apenas haya amanecido, para examinar el plan.

—¡Qué madrugadores! —comentó Lambert.

Niko volvió a reír. Tirreno encogió los hombros, sonriendo a toda papada, de un modo superpanorámico.

—Muy bien. Aquí estaremos... ¿Les has dado la posición exacta?

—Claro.

—¿Cómo vendrán? —preguntó Lambert.

—En helicóptero, creemos.

Lyon Lambert se enderezó vivamente en su asiento.

—¡Eh...! —exclamó—. ¡No será el mismo que luego vamos a utilizar nosotros...!

—Calma, calma, Lyon... —rió Tirreno—... Desde luego que no será el mismo. Eso sería una chapuza. Y nosotros no hacemos chapuzas. Está bien, Mokoulos, vuelve a tu sitio. En cuanto a mí, creo que voy a dormir... Si vienen al amanecer, habrá que madrugar... Y yo soy hombre al agua si no duermo, por lo menos, nueve horas... Buenas noches, querubines.

Niko fue el que más rió. ¡Es que aquello tenía tanta gracia...! Fatt Tirreno emprendió la pesadísima actividad de ponerse en pie. Nadie hizo el menor gesto para ayudarlo, ya que estaba terminantemente prohibido, a pesar de las dificultades que el gordísimo ejemplar de la fauna humana encontraba para conseguir la vertical. Quedó jadeante, bajo y gordo como un hipopótamo, siniestro con su calva cabeza teñida de color plata y la barba roja al suave viento marino. De pronto, lanzó el más potente y violento eructo de toda la velada y volvió a alzar la mano.

—Perdón.

Y se retiró, bamboleante, como un tentetieso, bailando sus enormes pectorales blandos, agitada su enorme barriga a cada corto paso.

—Creo que Tirreno ha tenido una buena idea —dijo Lambert—. Si hay que madrugar, y además estar frescos para las siete de la tarde, lo mejor que podemos hacer hoy es ir a dormir ahora mismo.

—¿No jugamos la partida, Lyon?

—Hoy no, Niko. Me gusta ganarte el dinero, pero mañana tenemos un importante trabajo que hacer. A descansar, querubines.

Poco después, el americano entraba en su camarote. Cerró la puerta con llave, tapó el micrófono permanentemente colocado en el enchufe junto al espejo, y abrió el pequeño armario. Sacó de allí la pistola, quitó el cargador y apretó el pistón de la bala que sería dispar rada en último lugar en caso necesario. Una bala que no saldría, ya que no estaba preparada para ello, sino para otro

cometido.

—Eucien al habla —susurró—. ¿Estáis ahí?

—Te escuchamos, Mark. Creíamos que te había ocurrido algo...

—No. Simplemente, no tenía nada que decir. Todo seguía su curso normal. El asesinato, en efecto, está preparado para mañana. Ha habido pequeños cambios sin importancia. La síntesis es la misma.

—De acuerdo. ¿Alguna novedad de importancia?

—Una buena. Durante la travesía desde Europa he ido sabiendo pequeñas cosas, que me han llevado a una conclusión final; los tres clientes del Paraíso son los jefes indiscutibles de este complot. Los motivos parecen políticos... Es difícil sacarle una palabra a Tirreno, pero con paciencia he conseguido esos pequeños datos que me han llevado a la conclusión mencionada. ¿Me estáis escuchando?

—Sigue, sigue...

—Mañana, al amanecer, vendrán esos tres hombres a bordo del Paraíso. Quiero que estéis alerta, pero sin dejaros ver. Creo que el mejor procedimiento será el acuático... Necesito que uno de vosotros lleve escafandra con radio, y permanezca atento a mi llamada. Los tres clientes llegarán en helicóptero, podréis ver perfectamente su llegada. Si cinco minutos después de esa llegada no habéis recibido noticias mías por este conducto, rezad algo por mi..., e intervenid inmediatamente. ¿Comprendido?

—Comprendido, Mark. ¿Sabes algo de esos tres hombres?

—Nada en absoluto. Sólo que todo es cosa de ellos. Insisto en que son motivos políticos, y que ellos son la cabeza y el motor de este complot. Convendría cogerlos vivos, pero tampoco tendrá mucha importancia que mueran. Muerto el perro, se acabó la rabia.

—¿Desde luego! ¿Todo va bien, Mark? ¿Estás bien?

—Estoy perfectamente. Me ha sentado muy bien este viaje en un hermoso yate. Hay lindas chicas, compañeros simpáticos... Son unos asesinos fríos, amorales, impávidos, pero conmigo son simpáticos.

—Bueno... Seguramente, su actitud cambiaría si supieran que eres un agente del FBI, ¿no crees?

—¡Lagarto, lagarto...! —sonrió Lambert—. Hey: ¿me tenéis ya el informe? Respecto a la víctima de todo esto, el tipo que llegará a New Providence mañana, a las siete y veinte, en avión particular...

¿Sabéis ya quién es?

—Naturalmente. Es una conversación amistosa concertada en Nassau entre algunos países sudamericanos y Estados Unidos. Las conversaciones van a ser importantísimas, hasta el punto de... ¿No lees los periódicos, Mark?

—¿Cómo demonios quieres que lea periódicos donde no los hay?

—Ah, claro... ¿Tampoco hay radio en el yate?

—Tirreno prohibió la audición hasta nueva orden.

—Se comprende. Van a acudir los presidentes de diversos países a esa convención.

—Bien, bien... Pero ¿quién viene por parte de USA?

—El nuestro, naturalmente.

—¿Nuestro... qué?

—Nuestro presidente. El presidente de los Estados Unidos, dada la enfermedad que afectó al vicepresidente hace tres semanas.

—¡Estás loco! —Casi gritó Lambert.

—Yo no: ellos, los del Paraíso. Debieron calcular este cambio esos tres hombres que irán mañana al yate, y prepararon el asesinato. Quizá lo estaban ya organizando contra el vicepresidente, pero quien llegará mañana es el presidente.

Lyon Lambert estaba lívido como un muerto, atónito, desorbitados los ojos...

—¿Me estás escuchando, Mark? —preguntó su comunicante.

—Sí... Sí, sí... Pero ¡hay que avisar el presidente para que no venga! ¡Hay que impedir ese viaje, hay que...!

—Cálmate. Lo has estado haciendo muy bien hasta ahora, de manera que no te pongas nervioso. Todo está previsto, hombre. Hemos podido hundir mil veces el Paraíso, pero queremos a esos tres hombres que lo han organizado todo. Son unos traidores. Gente de altos vuelos en la política norteamericana, a los cuales les molestan las directrices políticas o económicas de nuestro presidente. Tú tranquilo, Mark.

—¡Tranquilo!

—Eso es: tranquilo. Queremos a esos tres hombres. Eso es todo.

—Está bien...

—¿Algo más, Mark?

—No... Nada. ¡Nada! ¡Si te parece poco!

—Hasta mañana... Y suerte, muchacho.

Lyon Lambert volvió a apretar el culote del cartucho, y encajó el cargador en la culata de la pistola. Todavía estaba pálido, profundamente impresionado. Y resistiéndose a creer que Tirreno conociera la personalidad de la víctima que había sido asignada al Paraíso. Aunque, conociendo la verdadera personalidad de Tirreno, eso quizá no podía extrañar mucho a nadie... Un rencor personal hacia Estados Unidos, y concretamente contra el FBI, podía muy bien desahogarse en la persona del presidente...

—Está loco... —musitó Lambert—. ¡Es el más loco de todos...!

La llamada a la puerta de su camarote le sobresaltó. Le obligó a respingar fuertemente.

—¿Quién es? —Casi gritó.

—Soy Niko, Lyon. Tirreno quiere decimos algo ahora mismo.

—Mmm... Voy en seguida.

—Te esperamos en su camarote.

—Bien. Ya voy.

Oyó alejarse a Niko. Quedó pensativo, preocupado... No le gustaba aquello. No le gustaba nada. La posibilidad de que hubiera otro micrófono en el camarote no era descabellada, ni mucho menos... Podía salir del camarote, saltar al agua... y que sus compañeros del FBI hicieran volar el yate... En cuyo caso, los tres «clientes» del Paraíso quizá jamás fuesen descubiertos, y esperasen otra oportunidad...

No podía marcharse. Traía que afrontar lo que fuese, esperar a los tres hombres. Cogió la pistola, se la guardó bajo el jersey y abrió la puerta.

—Hola, querubín —dijo Niko apuntándole con su pistola.

CAPÍTULO VIII

No estaba solo. Nils *Boom* estaba junto a él, también apuntando a Lambert con la pistola, tapando los dos la salida del camarote. Y ya no había sonrisas en sus labios.

—¿Qué haces, Niko? —Se dominé Lambert, no demasiado bien.

—Sin tonterías, querubín. Vamos a ver a Tirreno. Pero no porque él nos haya llamado, sino porque yo pasé por aquí, me pareció oírte hablar, y escuché tras la puerta... No sé con quién hablabas, pero sí sé que no lo hacías solo. Vamos a ver a Tirreno ahora, y nos dirás cuál es tu truco radiofónico... Y tu juego, querubín ¡Vamos!

—Mira, Niko, si es una broma, no me...

No dijo nada más. Agarró de pronto la mano de Niko, desviándola... La bala brotó del arma, con apagado «plop», pero fue a dar en la pared del camarote... Y simultáneamente la mano derecha del americano salía disparada, como una zarpa de auténtico león. El golpe, de canto, dio en plena garganta de Niko Camelini, con toda la fuerza de aquellos finos músculos de acero... Y el italiano sólo pudo emitir un extraño ronquido, que fue el último de su vida. Salió disparado hacia atrás, casi alzado del suelo, ya muerto por el terrorífico golpe de karate. Dio de espaldas contra la borda, se dobló hacia atrás... y desapareció hacia el mar.

Pero ni *Boom* ni Lambert sentían el menor interés por el último viaje de Niko Camelini, ya que entre ellos se tenía que decidir otra muerte. Un negro viaje que ninguno de los dos quería emprender.

Nils *Boom* apretó el gatillo de su pistola, casi a quemarropa contra Lambert, Este lanzó un grito cuando la bala se clavó en su costado, lo hizo girar violentamente hacia atrás, y lo estrelló contra la pared... Rebotó en ella, y cayó de rodillas, girando y sacando la

pistola de debajo del jersey, manchada de sangre. Había salvado la vida gracias a ella, que había desviado la bala hacia el costado, cortándole el paso hacia el corazón...

Boom volvió a apretar el gatillo, fríamente, apuntando ahora a la cabeza del agente del FBI. Pero el falso Lyon Lambert se había tirado ya de bruces, alzando su pistola y disparando a su vez... La bala disparada por Nils rebotó en el claveteado del tabique, tañendo agudamente... Pero él no llegó a oír el final de aquel agudo tañido, porque la disparada por Lambert se clavó en el centro de su corazón. Y así, Nils *Boom*, saltando de espaldas y quedando tendido en la cubierta, se fue en compañía de Niko Camelini, camino del infierno...

Lambert se puso inmediatamente en pie, y echó a correr hacia la entrada de la cabina de radio, anexa a la cocina, ambos servicios del dominio exclusivo del griego Mokoulos. Tenía que destruir aquella radio, para que no pudieran avisar a los tres «clientes». Aunque muriese en el empeño, aquella radio tenía que ser destruida.

—¡Lyon! —Oyó la voz de Perla González—. ¿Qué ocurre...?

El

G-man

se volvió, sobre la marcha, y disparó contra la mexicana, sin importarle acertarla o no. Sólo quería que se quedase allí unos segundos más... La bala pasó silbando por encima de la cabeza de Perla, que lanzó un grito y disparó contra la espalda de Lambert. Éste volvió a girar, ahora hacia delante, empujado por la bala que se había clavado en su brazo derecho. La pistola salló lanzada de su mano, deslizándose por la cubierta, lejos de él. Perla González volvió a disparar, pero el

G-man

había rodado ya fuera de su alcance.

Todo el yate vibraba ya en gritos, pisadas, exclamaciones. Tras él, Lambert oía las pisadas de Perla. Y pronto oiría las demás.

Pero, de momento, estaba ya descendiendo, a trompicones, la escalerilla que llevaba a la cocina. Entró en ella, cerró la puerta, recogió un cuchillo al pasar, y entró como lanzado en el cuarto de la radio, ya iluminado. Mokoulos se volvió, respingando. Estaba en calzoncillos, vistiéndose apresuradamente, junto a la litera, sobre la cual se veían sus ropas y la pistola, ya preparada.

Al ver a Lambert en aquel estado, armado de un cuchillo, lanzó un chillido de miedo, de comprensión... Su mano derecha, poco menos rolliza que la de Tirreno, cayó sobre la pistola. Y, al mismo tiempo, el agente del FBI, tiraba el cuchillo, con la mano izquierda, con todas sus fuerzas... Unas fuerzas tales que cuando el grande y pesado instrumento de cocina se hundió en la espalda de Mokoulos lo tiró de bruces sobre la litera, muerto instantáneamente, partido el corazón... Y el griego, ya olvidado de la pistola, se deslizó hacia el piso, los ojos vueltos hacia dentro, la boca abierta en un gesto de espanto.

Se oían ya los golpes en la puerta de la cocina, que cedería muy pronto.

Lambert fue hacia la radio de gran potencia que había en el rincón del camarote de Mokoulos, y empezó a arrancar cables y piezas, que fue tirando por la circular ventana abierta. Luego, fue hacia la litera, cogió la pistola del griego, y se volvió hacia la puerta, jadeando, sangrando...

Los golpes se oían ya en aquella puerta. El G-man

alzó la pistola, y disparó contra la madera que fue perforada a media altura por los tres rápidos balazos. Al instante, dejaron de golpearla.

Lambert se dejó caer sentado en la litera, fijos los ojos en la puerta. Desde luego, él no podría salir de allí de ninguna manera. La ventana circular no permitía el paso de un hombre de su envergadura. Ni siquiera el menudo Niko Camelini habría podido salir por allí. Y en cuanto apareciese en la puerta, lo acribillarían.

¿O no?

Un humo espeso apareció, de pronto, por debajo de la puerta. Un humo espesísimo, blanco, que comenzó a extenderse rápidamente por el camarote. Lyon Lambert empezó a toser. Y a cada sacudida, las heridas del brazo y el costado parecían abrirse más y más, recibir el contacto de una brasa... Se acercó al «ojo de buey», tambaleándose. Podía respirar allí aire limpio, puro. Pero la entrada de gases era muy abundante, y, además, tendían a salir por la ventana, de modo que actuaban directamente sobre el agente del FBI.

Lyon Lambert aguantó en pie todavía un cuarto de minuto.

Y ya era demasiado.

* * *

Le escocían muchísimo los ojos y le dolía horriblemente la cabeza, parecía que tuviese el pecho prensado, oprimido... Y, sin embargo, todo lo que ocurría era que estaba recuperando los sentidos. La visión tardó todavía casi dos minutos en aclararse, mientras oía el suave deslizarse del yate sobre las aguas...

—En efecto, Lambert: nos vamos.

Tirreno estaba sentado en su litera, siempre con aquellos horribles pijamas a rayas, siempre mostrando sus pechos colgantes y gordos, siempre escondidos sus ojillos enrojecidos, de cerdo, tras los cristales negros de los lentes.

—¿Serás tan amable de darnos alguna explicación? —pidió Fatt Tirreno, dando ejemplo de amabilidad—. Es sólo por curiosidad, ya que nada va a cambiar hables o no hables.

Lyon Lambert quiso hablar, pero tuvo la sensación de que al intentarlo un fuego se encendía en su garganta. Ahora le dolía aún más la cabeza, y el pecho, y el costado, el brazo, los ojos...

—Dadle un poco de agua.

—Yo..., yo se la daré. Esos gases son muy fuertes.

Amelia Plata le dio agua a Lambert, que no se sintió demasiado aliviado con tan pobre remedio.

—¿Y bien, Lambert? ¿No tienes nada que decir antes de morir?

—Tengo que decir que todos..., todos ustedes están... acabados.

—Quizá tengas razón... De momento, has matado a Niko, Nils y Mokoulos. Un trabajo muy rápido, Lambert. Siempre tan... efectivo, tan eficiente. ¿Cuál es el motivo de todo esto?

—Es solo... un trabajo más del FBI.

—¿De modo que perteneces al FBI?

—Así es, Isaac. Le vine, El Judío Errante.

La enorme papada de Fatt Tirreno se estremeció bruscamente.

—¿Me conoces?

—Estudí todo su historial antes de adoptar la personalidad de Lyon Lambert, que está encerrado en la prisión federal de Atlanta... Fue retirado discretamente de la circulación, esta vez sin cargo alguno, a fin de que yo, muy parecido físicamente a él, llegase a Europa con su documentación convenientemente retocada. Como

ve, tuvo mala suerte de que Luigi Solevento, uno de nuestros confidentes, lo reconociese en Lido di Ostia, Levine. Su aviso pasó a Giuseppe Vítaló, que se llama en realidad Henry Thomas, y, como yo, es un G-man.

De él, los informes pasaron a Washington. De Washington, a Miami, donde estaba el agente especial que podía adoptar la personalidad de Lyon Lambert; yo, Mark Trevor.

—Interesante... —susurró gélidamente el gordo—. ¿Qué más?

—Fui enviado a Europa, con orden de no establecer contacto con mis compañeros de allí, salvo que fuese absolutamente necesario. Por eso, el falso Giuseppe Vítaló esperaba tranquilamente en el hotel. Y ya le envié, antes de partir, mi mensaje, dándole indicaciones.

—¿Cómo lo hizo?

—Por medio de mi pistola. Una de las balas es una radio muy perfecta, Levine. Sólo hay que apretar el pistón, y ya está en marcha para emitir y recibir sin cambios. Sofía Solevento no podía imaginar que yo estaba hablando... con una bala... tan especial.

—El FBI se perfecciona día a día, señor... Trevor.

—Usted tiene... motivos para saberlo... No debió meterse en más jaleos después de conseguir escapar de él en Sudamérica.

—Es posible. Mi vida como espía internacional estaba terminada, eso lo comprendí. Pero tuve la buena idea del yate, de una organización móvil dedicada al lucrativo negocio del asesinato. Y usted me pareció un buen elemento. Y lo ha sido. Supongo que, contra su voluntad, mató a Mario Melli, a Sofía Solevento, a Giuseppe...

—No sea cretino, Levine —rió ásperamente el G-man

—. Ninguna de esas personas está muerta, la de Mario Melli, que en efecto es un conde italiano que trabaja para el FBI, fue un truco para engañar a Amelia... Hacía días que los tenía vigilados a todos ustedes, en Mónaco, Y ella me pareció la más indicada para el contacto.

—¿Mario Melli no ha muerto?

—Mario es un excelente nadador, Levine. En estos momentos debe estar confortablemente instalado, bajo nombre falso, en una

villa de Capri, esperando instrucciones del FBI, antes de ponerse de nuevo en circulación.

—¿También los doscientos mil dólares que Melli ganó en el Casino de Montecarlo eran mi truco?

—Pregúntele al croupier —volvió a reír el G-man

—. Pero dele antes la contraseña del FBI.

—Entiendo... ¿Y Giuseppe Vitalo? ¿Y Sofía Solevento? ¿También están vivos?

—Giuseppe Vítaló supo simular muy bien que recibía los balazos después de avisarle yo por la radio contenida en la bala que iban a llamarlo por teléfono, que tenía que morir. ¿La Policía y el servicio mortuario de Mónaco? También ahí está la larga mano del FBI. En cuanto a Sofía... ¡Es tan bonita!

—¿Cuál fue el truco con ella? La tiró al mar, atada, desvanecida, lastrada...

—Y un compañero del FBI, con equipo de hombre-rana, la recogió bajo el agua y la puso a salvo. Fue solamente un mal rato para la dulce italianita.

—¿Tanto trabajo para seguir con nosotros, señor Trevor?

—Ustedes son carne de cañón. Fáciles de eliminar. Queremos a los tres «clientes», Levine.

—Claro... Es natural. Sólo que no los tendrán. Ellos escaparán cuando vean que el Paraíso no está en el lugar convenido. Además, es posible que podamos arreglar la radio antes de amanecer.

—Lo dudo. Y ellos descenderán con el helicóptero, porque el yate Paraíso estará en el lugar convenido.

—¿Piensa llevarlo usted allá, señor Trevor? Porque en estos momentos estamos navegando, alejándonos de aquel lugar a toda máquina...

—Ilusiones vanas, Levine, el FBI lo tiene cercado. Ahora mismo saben dónde está el yate, lo que está ocurriendo... Lo saben todo. Y mañana, al amanecer, este yate estará en Long Point.

—¿No es... excesiva su confianza en ti FBI, señor Trevor?

—Si no confiase en él, no sería un

G-man.

Todo está perdido para usted, Isaac Levine. Y para todos sus «elementos», sus... querubines.

—¿Y para usted no?

—También. Pero ya se sabe, el que algo quiere, algo le cuesta.

—Cierto. Y su precio es muy alto, Trevor.

—Es un precio que alguna vez se ha de pagar. Pero todavía podemos hacer un trato, Levine.

—¿Cuál trato?

—No sea loco... No conseguirá asesinar al presidente de los Estados Unidos. Ni siquiera aunque yo no hubiese intervenido lo habría logrado. ¿Tan engreído es que creía conseguir el plan que hemos estado estudiando?

—¿Por qué no? ¿Qué os pasa a vosotros?

Amelia, Nadia, Perla y Abdul se habían envarado al conocer, de pronto, la personalidad de su «pieza». Quedaron sin habla, petrificados. Por fin, Nadia Stenov, la más serena de todas, musitó:

—Es una locura... Jamás lo habríamos conseguido.

—Se consiguió en Dallas, ¿no es cierto? —masculló Tirreno.

—No le hagáis caso —murmuró el

G-man

—. Está loco sin remedio. Aceptad mi oferta, entregaos ahora, y salvaréis vuestras vidas. No puedo ofreceros más.

—Cállese, Trevor —gruñó Tirreno.

—Si siguen adelante, todos morirán. Yo el primero, de acuerdo. Pero nadie quedará vivo en el yate Paraíso. Ni siquiera están en condiciones de intentar matar al presidente. Eso no sería ya una locura, sino una estupidez..., como lo ha sido en todo momento. Acepte mi oferta, Levine; entrégueme a esos tres hombres, y yo les prometo la vida. Sólo la vida.

—¿Y pasamos toda esa vida en la cárcel?

—Es peor morir... ¿No?

—Oferta rechazada. Matadlo y tiradlo a los tibu... ¿Qué ocurre? Parece que estamos describiendo un círculo.

—Alguna falla en el piloto automático —dijo El Krisna—. Saldré a ver.

—Que te acompañe Nadia. Y ved si alguna embarcación nos sigue. Tengo la sospecha de que el señor Trevor ha querido dárselas de listo.

Abdul y Nadia salieron del camarote, y Tirreno se quedó mirando malignamente a Mark Trevor, agente especial del FBI, con

misión

«Eu-100»

en Europa. Luego, desvió la mirada hacia Amelia...

—¿Todavía lo miras... de ese modo, Amelia?

—El sigue siendo el mismo hombre —musitó la asesina profesional.

—Bien... Quizá querrías... pasar una noche en su compañía antes de que lo matemos. Sólo que temo que si dejamos al señor Trevor contigo a solas, te estrangulará. ¿No es cierto, Trevor?

—Les he prometido la vida. Pero será mientras sigan mis indicaciones. De lo contrario, no hay pacto.

—Es usted asombrosamente... descarado, muchacho. Puedo matarlo en cualquier momento, de un solo disparo —mostró la pistola que llevaba en la enorme cintura, sostenida por la cinta del pijama—, y se pasa el rato ofreciendo condiciones... que sólo a usted benefician... ¿Qué ocurre ahora? ¿Se está parando el yate!

Parecía que fuese a emprender la durísima tarea de ponerse en pie, cuando la puerta del camarote se abrió de pronto, completamente, sin violencia pero con toda firmeza. Un hombre-rana entró en el camarote, llevando una metralleta en las manos. Y, tras él, otros dos, que quedaron en la puerta. Los tres con trajes de goma negra, pero ya sin tubos a la espalda, ni lentes, ni los pies de goma... Los otros dos llevaban solamente una pistola cada uno.

—Todo ha terminado, Levine —dijo el primero—. Permanezca quieto. ¿Estás bien, Mark?

—Regular solamente —sonrió el

G-man,

que de pronto pareció al borde del desmayo—. Bienvenidos al yate Paraíso.

—Ocupaos de él —dijo el

G-man

que dirigía el trío—. Ustedes tres, salgan a cubierta. Sus dos compañeros ya están presos. No hay nada que hacer. ¡Vamos, salgan!

Perla y Amelia se pusieron en pie, pálidas, aceptando definitivamente la derrota. Pero Fatt Tirreno, o Isaac Levine, el llamado Holandés Errante, estaba decidido a no acabar sus días en la cárcel, o ejecutado por las autoridades norteamericanas...

Y aprovechando aquel segundo en que Perla González se interpuso entre él y los dos agentes del FBI de la puerta, llevó la mano a su cintura, tiró de la pistola...

—¡Suéltela! —gritó Trevor, agudamente—. ¡Levine, no sea...!

Los ojos de Levine, siempre invisibles tras los negros cristales, estaban fijos en Mark Trevor, sin embargo. No quería irse de este mundo dejando en él al hombre que le había engañado, que había sido el pivote central del trabajo del FBI, contra el yate Paraíso. Y como sus intenciones eran evidentes e inapelables, y ya había sido advertido, el

G-man

de la metralleta apretó suavemente, por tres segundos, el disparador de su arma.

El corto chorro de las balas se hundió blandamente en el montón de grasas, encontrando fácil y mullido camino hacia el corazón de Tirreno, único modo de frenarlo en su feroz intento de venganza... La papada pareció saltar al ritmo del voluminoso vientre, los lentes saltaron del carnoso rostro, un ronquido entrecortado brotó de entre los gruesos labios... Luego, de pronto, el montón de grasa pareció desparramarse por el suelo, tras llegar a él en pesada caída de bruces.

* * *

El que miraba con los prismáticos señaló hacia abajo.

—Ahí está... Ameriza cerca de él.

—Bien. ¿Ves a Tirreno?

—Sí... No está solo... Veo a tres mujeres, cuatro hombres... Están todos en la toldilla, en unas ostensibles... Uno de los hombres nos hace señas con el brazo... Se pone en pie... Va hacia la pequeña lancha de emergencia... La está descolgando...

—Vendrán a buscarnos en ella —dijo el tercer hombre—. Baja ya. Dentro de dos minutos será día completo, y para entonces tenemos que estar lejos de aquí.

—Allá vamos.

El helicóptero ocupado por los tres hombres descendió hacia el mar, que se veía azul y rojo de sol, a lo lejos. Inmediatamente debajo, las aguas se mostraban de una transparencia absoluta, cristalina... El helicóptero se posó en ellas tras haberse hinchado los

flotadores neumáticos. Y la lancha se deslizaba ya hacia ellos, recorriendo la escasa distancia que los separaba del yate. Llegó junto al helicóptero, y el hombre que la gobernaba tendió una mano para ayudar a los tres a saltar a bordo... Poco después, el helicóptero quedaba vacío, zarandeado apenas por las suaves olas que se deslizaban hacia la playa a lo lejos.

—¿Todo va bien? —preguntó uno de los «clientes».

—Sí, señor... Tirreno lo tiene todo preparado para ponerlos al corriente de nuestro plan. Estamos convencidos de que lo aceptarán, señor.

—Así lo esperamos.

El hombre del yate los miró amablemente y permaneció callado. No parecía tener interés en conversar, desde luego. Además, el recorrido apenas dio tiempo para ello. Llegaron allá, el del yate señaló la escala de madera pintada de blanco que había sido bajada, y los tres iniciaron la ascensión... Arriba les estaba esperando otro hombre, que los llevó hacia la toldilla, y se quedó tras ellos, silencioso. Todo el mundo estaba silencioso allí. Sobre todo, Tirreno que debía haber dicho algo...

Uno de los hombres que estaban sentados una extensible, alzó una mano de pronto. Fue el único que se movió. Los demás permanecían como estatuas, impávidos. Pero las tres mujeres parecían tensas, muy abiertos los ojos...

El hombre que había alzado la mano estaba en «slip» y llevaba un jersey negro, de hilo, con mangas subidas casi hasta el codo. Parecía un poco pálido... Pero Tirreno aún lo estaba más.

—Me llamo Mark Trevor, señores. Si no les importa, yo llevará la voz cantante, porque Isaac Levine, o Fatt Tirreno, como ustedes prefieran, está muerto.

—Pero... ¿Qué significa esto? ¿Qué está...?

Varios hombres más habían aparecido de pronto, todos ellos bien armados, todos en «slip».

—Les presento a mis compañeros —dijo Mark—. Excepto las damas y un caballero que está encerrado abajo, todos los demás pertenecemos al FBI. Espero que les moleste.

Los tres hombres palidecieron intensamente. Dieron un paso atrás, miraron a todos lados...

—No... —gimió uno de ellos—. ¡No!

—Le aseguro que es cierto. Se acabó el yate Paraíso, se acabaron sus querubines. Haceos cargo de ellos, muchachos.

Los tres hombres se agruparon, aterrados, cuando el cerco se estrechó alrededor de ellos. Sólo veían rostros enjutos, fríos de expresión, impávidos...

El que había estado, gobernando el helicóptero lanzó un grito, se arrancó un botón de la camisa deportiva y se lo llevó a la boca... Y, al instante, los otros dos hicieron lo mismo.

—¡Impedídselo! —aulló Trevor, súbitamente pálido—. ¡Se están envenenando...!

Sus compañeros del FBI saltaron contra los tres hombres, sobresaltados, impresionados. Uno de ellos golpeó en el estómago con su pistola al hombre que primero había ingerido el «botón», para obligarle a abrir la boca, por si aún no lo había tragado... Pero la boca no se abrió, pese al dolor... Ni tampoco consiguieron que la abriesen los otros dos...

Y en menos de cinco segundos los tres hombres se relajaban, caían blandamente..., rodeados de agentes del FBI. En su extensible, el herido Mark Trevor se había incorporado, como si quisiera asistir más de cerca al intento de sus compañeros... Nadia, Perla y Amelia parecían en verdad tres estatuas de mármol, tan rígidas estaban...

Los agentes del FBI, se incorporaron junto a los tres hombres que yacían inmóviles sobre la cubierta.

—Han muerto, Mark.

—Debían estar siempre preparados para esto.

—Está bien —musitó el hombre con expresión de león—. Ya nada tiene remedio. Volvamos a casa.

ESTE ES EL FÍN

Mark Trevet contemplaba admirado la flamante pistola, último modelo adoptado por el FBI para misiones especiales.

—¿De veras me la regala el presidente, señor?

El inspector-jefe Gordos asintió con la cabeza.

—Naturalmente. Y espesa que te repongas pronto, para recibirte en persona.

—Bien... ¡Demonios, pero si estoy estupendamente! ¡Ahora mismo podría...!

—Calma, calma —rió su jefe—. Permanece todavía unos cuantos días tomando el sol en tu terraza y decorando tu bonito apartamento. No se te obliga a permanecer en cama, pero tres días son pocos días para que se encuentre bien del todo un tipo que ha recibido dos balazos... Y tengo que marcharme ya.

—Vaya... Otra vez a ver las tonterías de la televisión, sólo como una mona...

Gordon volvió a reír, divertido.

—Te enviaré algún muchacho de servicio, para que te haga reír y no te aburras. Por cierto... —Se dio una palmada en la frente—. ¡Me olvidaba que vine con una visita para ti! ¡Ya sabía yo que tenía prisa por salir de aquí por algo determinado y que...!

—¡Demonios, jefe...! ¿Quién es?

—Pues... Bueno, la verdad es que hace días que está aquí. Quiso verte antes, pero no te impedimos.

—¿Quién es? —aulló Mark.

—Bueno, Mark, hasta la vista.

Gordos se dirigió a la puerta del apartamento y la abrió, sin

hacer caso del congestionado

G-man,

que se había puesto en pie y parecía a punto de gritar algo, Pero su boca quedó abierta, sus piernas se doblaron... Quedó de nuevo sentado, estupefacto, fijo sus ojos de león en la dulce Sofía Solevento, que entraba lentamente. Gordon se esfumó a todos los efectos para Mark Trevor. Y allá sólo quedó la linda italianita de hermosos ojos y dulces labios, caminando hacia él tras haber cerrado la puerta del apartamento.

Parecía un poco cohibida. Quedó ante él, baja la mirada, brillantes los ojos.

—Yo... creo que..., que residiré ahora en Estados Unidos, y..., y supe que..., que le habían herido.

—Tonterías... —musitó Trevor—. Eso no es nada para un agente del FBI. Pero ¡si estoy muy bien! Es sólo que nos miman mucho. Y..., y dónde... ¿dónde de los Estados Unidos vas a..., a residir?

—No conozco a nadie... Sólo a usted, aquí, en Miami. Todos se han portado muy bien conmigo, porque mi hermano murió trabajando para el FBI, pero...

—¿Pero...?

—Bueno... Nadie me ha dicho todavía, con un tono especial de voz eso de «¿Sabes que eres en verdad muy bonita, Sofía?».

—¡Te asustó! —rió de pronto el

G-man

—. ¡Tú te creíste que yo iba a...!

—Parecías tan malo...

—Ah... Ejem...

—¿Ya no eres malo, Mark Trevor?

—Pues... No... Creo que no...

—Es una lástima —musitó la muchacha.

Mark Trevor se atragantó. Completamente, Quedó patitieso y turulato. Y todavía más cuando Sofía, sonrojada, pero decidida a no dejar escapar su presa, musitó:

—¿Ya no te perezco en verdad bonita?

—Pu... pu... pues... sí... ¡Sí!

—Menos mal —suspiró la muchacha—. ¡Creí que tendría que volver a Roma!

Y se Inclino y besó larga, tierna, dulcemente, al herido agente

del FBI que luego sólo supo murmurar:
—Tú sí que eres un auténtico querubín.

FIN

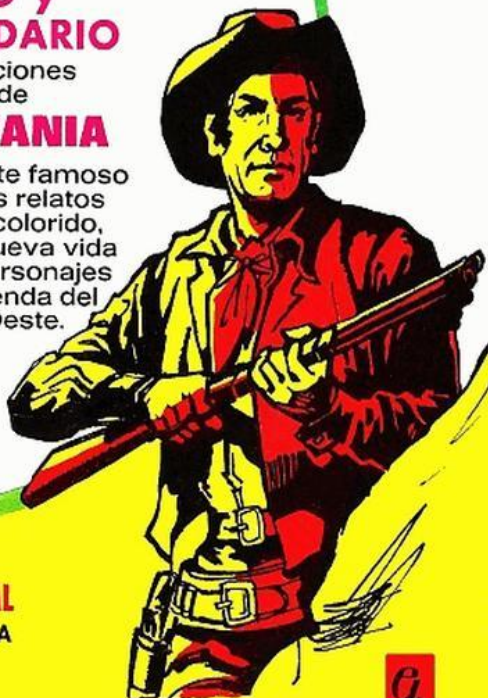
DESDE AHORA
EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
publica en calidad de
NOVEDAD EXCLUSIVA

en sus series
CENTAURO y
OESTE LEGENDARIO

las primeras ediciones
de las obras de

M. L. ESTEFANIA

el autor mundialmente famoso
que a través de sus relatos
llenos de fuerza y colorido,
ha sabido prestar nueva vida
a los esforzados personajes
que forjaron la leyenda del
viejo y salvaje Oeste.



APARICION SEMANAL
ASEGURE LA RESERVA
DE SU EJEMPLAR

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)



Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 18 PTAS.



Lou Carrigan es el seudónimo de Antonio Miguel de los Ángeles Custodios Vera Ramírez.

Nacido en Barcelona en 1934, finalizó en 1953 sus estudios de Peritaje Mercantil, ingresando acto seguido en la banca. En 1958 comenzó a escribir novelas de aventuras, sacrificando el tiempo y los días libres que le dejaba su empleo. El primer western, titulado *Un hombre busca a otro hombre*, apareció en marzo de 1959; a final de 1959 había escrito 6 novelas del Oeste.

Tras el éxito de sus primeras ediciones, en 1962 abandonó su trabajo en el Banesto para dedicarse en cuerpo y alma a la redacción de novelas de género: aventuras, western, artes marciales, terror... pronto se convirtió en uno de los adalides de aquella generación de autores de «bolsilibros» que teñían sus raíces con barniz anglosajón, aplicado al nombre principalmente: Silver Kane (Francisco González Ledesma), Curtis Garland (Juan Gallardo Muñoz), Joseph Berna (José Luis Bernabeu López)...

Especialmente, la vertiente policíaca y de espionaje han sido las que han conferido a Lou Carrigan mayor reputación entre sus miles de fans, permitiéndole trabajar para editoriales punteras en aquellos días como Rollán, Bruguera, Petronio, Producciones Editoriales,

etcétera.

También ha producido medio millar de títulos protagonizados por un mismo personaje, la letal espía *Baby*, éxito de masas en la América hispana y sobre todo en tierras brasileñas.

En 2004 el propio autor cifraba en más de 1100 los libros realizados, algunos reeditados hasta cinco veces, y con numerosas ediciones pirata.

Ha utilizado otros seudónimos como Angelo Antonioni, Crowley Farber, Mortimer Cody, Lou Flanagan, Anthony Hamilton, Sol Harrison, Anthony Michaels, Anthony W. Rawer, Ángela Windsor y Giselle...